

## Capítulo VI

# Las tareas futuras del Estado, frente al mercado y la sociedad civil, en el Istmo Centroamericano

*Franz J. Hinkelammert \**

### Recensión

En las décadas de los cincuenta y los sesenta, el desarrollismo asignaba una función clave al Estado para promover el desarrollo, y consideraba al mercado como distorsionador de las relaciones sociales.

En los años setenta, y más en los ochenta, se denuncia al Estado como el culpable de todos los problemas y se idealiza al mercado como solución para todos los problemas.

Esta "actitud antiestatista", lejos de disminuir su presencia, lo ha vuelto cada vez más un Estado represivo y policial en beneficio de los poderes económicos internacionales y nacionales.

Con la excepción de Costa Rica, América Central tiene Estados muy poco desarrollados y de institucionalización precaria, que compensan dicha debilidad con ejércitos fuertes y aparatos represivos voluminosos.

Estos Estados no están en condición de formular estrategias económicas y sociales a largo plazo, y no tienen sistemas de educación y de salud que puedan cubrir a la población entera.

El problema no está en el mercado en sí, cuanto en la pretensión de absolutizarlo, es decir, transformarlo en la única institución legítima, en nombre de la cual se destruye al Estado y a los movimientos populares.

Hace falta un pensamiento de síntesis que, partiendo de las necesidades de la vida humana, compagine las experiencias de la sociedad civil y del mercado.

El Estado debería ser una instancia universalizadora de resistencia a las distorsiones que el mercado produce, promotora de la sociedad civil y planificadora de la economía; además, hay funciones —como la de la educación y la salud— que solamente el Estado puede cumplir con la necesaria universalización.

La función de planificación económica del Estado es fundamental para promover un desarrollo económico y social que compatibilice la integración económica y social de la población entera con la conservación de la naturaleza.

La sociedad civil, el mercado y el Estado deben interrelacionarse y complementarse.

Los problemas del desarrollo ya no pueden ser solucionados en el marco de un solo país porque implican la creación de nuevos órdenes mundiales (económico, financiero, de mercado, ecológico.)

*Los editores*

\*Alemán. Doctor en economía de la Universidad Libre de Berlín. 1963-1973: profesor de la Universidad Católica de Chile, miembro del CEREN; 1973-1976: profesor invitado de la Universidad Libre de Berlín; desde 1976: profesor e investigador del CSUCA, San José, Costa Rica. Actualmente es integrante del equipo investigador del DEI. Entre sus publicaciones figuran *Ideologías del desarrollo y dialéctica de la historia* (Buenos Aires y Santiago de Chile 1970), *Dialéctica del desarrollo desigual* (Santiago de Chile 1970, Buenos Aires 1974), *Las armas ideológicas de la muerte* (DEI, San José 1977), *Crítica de la razón utópica* (DEI, San José 1984) y *La deuda externa de América Latina* (DEI, San José 1988).

## 1. El papel regulador del Estado y los problemas de la autorregulación del mercado

El desarrollismo latinoamericano de las décadas de los cincuenta y los sesenta percibe la función del Estado como una función necesaria. Considera que el mercado, a pesar de su capacidad autorreguladora, no es capaz de asegurar el desarrollo y solucionar los graves problemas económico-sociales que han aparecido en el continente. Se percibe que el mercado distorsiona las relaciones sociales y que tiende, en las circunstancias de América Latina, al estancamiento del crecimiento económico.

A partir de los años setenta, y con fuerza especial durante los años ochenta, aparece una siempre más agresiva denuncia del Estado y de su papel regulador en la sociedad moderna. Si en las décadas de los cincuenta y sesenta al Estado se asigna una función clave en el desarrollo económico y social de la sociedad, en las décadas de los setenta y ochenta el Estado es designado como el gran culpable de los mayores problemas que aparecen. Siempre ocurre una fijación negativa en el Estado. Este aparece como el gran culpable de todo. Si no hay desarrollo, la culpa la tiene el Estado. Si hay desempleo, también éste tiene la culpa. Si hay destrucción de la naturaleza, sus errores parecen ser el origen de aquella. Ronald Reagan, en su campaña electoral del año 1980, resume esta actitud con la frase: "No tenemos problemas *con* el Estado, el Estado *es* el problema".

Esta fijación en el Estado como culpable de todos los males, es la otra cara de una fijación contraria, en la cual el mercado soluciona todos los problemas. Podríamos variar la expresión citada, para mostrar el significado de eso: No tenemos que solucionar problemas, el mercado es la solución de todos los problemas. Frente al Estado como el Mal, aparece el Bien: el mercado es ahora considerado como institución perfecta, cuya afirmación es suficiente para no tener problemas.

Esta negación maniquea del Estado revela un profundo estatismo al revés. Si se quiere definir el estatismo como una actitud que cree encontrar en la acción del Estado la solución de todos los problemas, en este estatismo al revés lo vemos simplemente invertido y transformado

en el culpable de todo. El Estado lo sigue siendo todo, y la negación maniquea no ha cambiado la actitud profundamente estatista.

Así apareció el antiestatismo metafísico de las últimas décadas, que es la otra cara de una afirmación total del poder del mercado. Este antiestatismo domina la discusión actual sobre el Estado y se ha transformado en un *leitmotiv* de la visión del mundo en lo presente. Apareció desde las teorías neoliberales sobre la economía y la sociedad, para transformarse hoy en una especie de sentido común de la opinión pública del mundo entero. Aparece incluso en los países socialistas y domina la mayoría de las instituciones internacionales que toman decisiones políticas.

Pero no se trata simplemente de una ideología de la gente. Son los Estados mismos los que asumen esta ideología antiestatista y la promueven. No se trata de un sentido anarquista popular, como ha existido en todos los tiempos, y que sueña con una sociedad sin dominación, sin dinero y sin Estado, sino de la definición de una estrategia estatal a nivel de los poderes públicos mismos. Son los presidentes, los parlamentos, los ejecutivos de las empresas, los bancos centrales, las entidades internacionales como el FMI y el Banco Mundial, los portadores de la ideología antiestatista. Aparecen las dictaduras de Seguridad Nacional en América Latina, que legitiman su territorio de Estado en nombre de esta misma ideología antiestatista. Aparecen verdaderos totalitarismos que, en nombre del mercado total, propagan el desmantelamiento del Estado y que justifican su terrorismo de Estado en nombre de la pretendida necesidad de la desaparición o minimización del Estado. La dictadura de Pinochet en Chile es un sistema antiestatista de este tipo, pero este elemento antiestatista está presente igualmente en la dictadura militar argentina, en la uruguaya, aparece en los años ochenta en Brasil, y hoy tiene una vigencia visible en todas las sociedades de América Central <sup>1</sup>.

En ningún caso esta política antiestatista ha disminuido la actividad estatal. Pero ha reestructurado al Estado. Aumentaron las fuerzas represivas a tal punto que el Estado dejó de cumplir con sus funciones sociales y económicas. En nombre de la ideología del antiestatismo, el Estado policíaco sustituyó al Estado social. Esta ideología sirvió como pantalla que esconde un aprovechamiento sin límites por parte de los poderes económicos internacionales y nacionales. Se trata de una tendencia que comenzó con la ola de dictaduras de Seguridad Nacional de los años setenta en América Latina y que sigue vigente hoy, a pesar de todas las democratizaciones. A las dictaduras de Seguridad Nacional siguieron democracias de Seguridad Nacional <sup>2</sup>.

1 Hinkelammert, Franz: "Del mercado total al imperio totalitario", en: *Democracia y totalitarismo*. DEI, San José, 1987 (también: *Pasos*, San José, N.º 6, junio 1986).

2 Ver Hinkelammert, Franz: "El Estado de Seguridad Nacional, su democratización y la democracia liberal en América Latina", en: *Democracia y totalitarismo*, *op. cit.*

## 2. El Estado en América Central

En América Latina, la denuncia generalizada del Estado se realiza en un continente que tiene Estados muy poco desarrollados y de una institucionalización sumamente precaria. Hay pocos con la capacidad de una acción racional en todo su territorio o en partes de éste. Quizás Chile y Uruguay tienen Estados más desarrollados, pero en el resto del continente son poco eficaces y su presencia nacional es, por un lado, simbólica, por otro, descansa en la presencia de sus fuerzas armadas y represivas, mientras la vigencia de sus leyes es en muchas partes completamente efímera.

Si eso vale para América Latina en general, más cierto es para América Central, posiblemente con la excepción de Costa Rica. En Nicaragua ha habido por primera vez un cierto desarrollo estatal durante el gobierno sandinista, mientras que en los otros países el Estado es una imposición desde arriba, efectuada por las fuerzas armadas y sintetizada en los símbolos patrios. La situación, en general, corresponde a lo que ya en el siglo XIX se describe como Estado, en el cual hay solamente dos instituciones de vigencia nacional: el ejército y la iglesia católica. Aunque la posición de la iglesia católica se está debilitando rápidamente, ella sigue siendo la única representante nacional en el plano simbólico al lado del ejército en el plano del ejercicio de la fuerza. A pesar de las grandes diferencias entre algunos países, sobre todo Costa Rica, ésta sigue siendo la tendencia general.

Estos Estados precarios tienen una fuerte tendencia al autoritarismo, y tradicionalmente son dominados por dictaduras militares. Cuando aparecen periódicamente regímenes de democracia parlamentaria, se trata de democracias oligárquicas que en cualquier momento pueden ser arrolladas por nuevas dictaduras militares, apoyadas por estas mismas oligarquías.

La fuerte presencia del ejército en la institucionalidad del Estado en América Central —y en América Latina en general— no atestigua la existencia de Estados fuertes. Es más bien resultado de una situación en la cual el Estado es débilmente desarrollado. No cumple con funciones básicas para la sociedad y suple esta falta con la existencia de un aparato represivo exageradamente grande.

Esta es la razón de la fuerte tendencia, en América Central, de basar la legitimidad del orden existente en la presencia del ejército. La incapacidad de cumplir sus funciones, obliga al Estado a ser autoritario. Esta falta de desarrollo del Estado se nota en América Central en muchas partes, aunque con grandes diferencias entre cada uno de los países. Los Estados no pueden siquiera formular estrategias económicas o sociales a largo plazo. Donde aparecen intentos de formular tales planes de parte de ministerios de planificación, no llegan a definir políticas, sino que se limitan a declaraciones de intenciones. Tampoco hay sistemas de educación que sean capaces de cubrir las necesidades de los países.

Tampoco hay sistemas de salud que puedan atender a toda la población. La economía se desarrolla al azar, y a falta de una política económica nacional, sigue pistas de orientación dadas por los países del centro y las instituciones internacionales dominadas por ellos. Dada esta ausencia, no es posible tampoco tener una estrategia de desarrollo científico o técnico. De todo eso se habla constantemente, pero no hay capacidad política para cambiar.

Esta falta de desarrollo estatal se nota muy visiblemente en dos aspectos importantes. Los ejércitos de América Central no son capaces ni de un reclutamiento militar regular, siendo ellos la institución nacional más presente en la sociedad entera. El reclutamiento todavía hoy se hace por secuestro, excepto en Nicaragua, donde el gobierno sandinista terminó con este procedimiento. Se recluta por asalto a los lugares donde los jóvenes se juntan (salones de baile, cines, carnavales, cursos de capacitación, etc.) y se los lleva por la fuerza a los cuarteles. Después de pasar varios días, las familias son informadas. Si tienen influencias correspondientes, pueden sacar a sus hijos. Los otros vuelven después de haber realizado su servicio militar.

El cobro de impuestos es parecido. No se cobran donde hay ingresos, sino donde alguien por alguna razón tiene que sacar la billetera o se le presenta alguna situación de urgencia. Por eso la enorme importancia, para los ingresos del Estado, del impuesto de compra-venta, de las tasas de aduana, de las salidas del país y de todo tipo de diligencias estatales que sirven para obligar al ciudadano a pagar. Sin embargo, los impuestos directos son muy pocos. Se cobra a los asalariados, pero son casi inexistentes para los ingresos altos.

Sin embargo, hasta en esta situación del cobro de impuestos, la evasión es la regla, no la excepción. Así como los potenciales reclutas corren para que el ejército no los encuentre, los ingresos corren para que el Estado no los cobre. El Estado no es capaz de obligar, y la evasión no es perseguida por castigos sensibles. Las leyes del Estado son para los que no tienen escape, pero de ninguna manera tienen vigencia universal.

Ciertamente, en una situación de este tipo, el Estado puede defender el orden existente solamente por la presencia del ejército, cuya alta importancia y represión —de nuevo— atestiguan el hecho de un Estado débil y poco desarrollado, todo lo contrario de fuerte.

El caso de Costa Rica es la excepción que confirma precisamente esta regla. Costa Rica es el único país de América Central donde la presencia de los aparatos represivos es poco notable y donde, hasta ahora, no existe un ejército. Sin embargo, Costa Rica es a la vez el país que tiene más desarrollo estatal en la región. Lo cual se nota en un sistema escolar que cubre todo el país y que ya tiene cierta diversificación, y en un sistema de salud de carácter parecido. Con la banca nacionalizada existe un instrumento que permite efectuar una política económica orientada por una estrategia, cuyo resultado ha sido

un desarrollo económico mucho más igualitario entre campo y ciudad que en el resto de la región. Consecuentemente logró un alto grado de legitimidad del orden existente, que descansa sobre el consenso. Por tanto, la nación puede existir sin un ejército relevante que supla la falta de desarrollo del Estado por un régimen autoritario. Este hecho explica la larga tradición democrática del país, cuya base ha sido: un desarrollo equilibrado entre campo y ciudad, el cumplimiento de funciones básicas del Estado en la definición de una estrategia económica, de educación y de salud, y una distribución de ingresos mucho más equilibrada que en el resto de la región.

En América Central —como en general en América Latina—, visiblemente los ejércitos devoran a sus países. Consumen destructivamente el excedente económico, paralizando el desarrollo. El orden existente, que ellos estabilizan, es un orden sin posibilidad de futuro, en el cual oligarquías unidas a los ejércitos destruyen el futuro. Por eso, si Costa Rica ha logrado escapar hasta cierto grado de esta tendencia, eso ocurrió porque logró evitar el surgimiento de un ejército y canalizar el excedente económico mediante el desarrollo del Estado hacia las tareas de orientación.

Donde el Estado ha desarrollado sus funciones ampliamente, los aparatos represivos tienen un papel más bien subsidiario y no dominante, mientras que en los casos de un desarrollo insuficiente del Estado, estos aparatos se transformaron en el poder dominante. De eso resulta la tendencia al Estado autoritario.

A falta de desarrollo del Estado, en América Latina como en América Central, la prevalencia de las dictaduras militares asegura tradicionalmente la continuidad del orden existente. Sin embargo, generalmente son los mismos ejércitos que mantienen el orden, los que imposibilitan el desarrollo de los países. Al destruir el excedente económico improductivamente, desvirtúan la posibilidad de un desarrollo futuro.

Esta tendencia al orden autoritario no se ha dado solamente en América Latina. Una tendencia parecida se nota en la historia de Europa Occidental y en EE.UU. También en estos países, en los siglos XVIII y XIX, el débil desarrollo del Estado lleva a Estados autoritarios, aunque en este caso en forma "democrática". Estas democracias son autoritarias hasta por lo menos la Primera Guerra Mundial. Mantienen el orden existente no por consenso, sino por la simple imposición de los grupos que sustentan este orden. Lo hacen por medio del voto clasificado, por el cual los votantes, según sus ingresos, tienen diferente número de votos. Al no existir el voto universal, los grupos dominantes tienen automáticamente la mayoría, y disputan el gobierno entre ellos. La esclavitud en EE.UU. y la posterior separación de las razas, ha tenido el mismo efecto. Sin embargo, en este caso no son los ejércitos los que mantienen el orden, sino fuerzas represivas policiales, lo cual hace más fácil el tránsito a la democracia de voto universal después de la Primera

Guerra Mundial y es más compatible con el uso del excedente económico para tareas del desarrollo.

Sin embargo, también en estos países la transición a la democracia del voto universal impone la necesidad de establecer un consenso para poder estabilizar el orden existente. Eso solamente se ha podido lograr por el desarrollo del Estado, que ocurre paralelamente a esta transición. Por eso, en EE.UU., el que menos ha logrado desarrollar el Estado, más lentamente ha progresado al voto universal (de hecho, existe recién desde los años cincuenta de este siglo, como resultado del *Civil Rights Movement*), y todavía hoy mantiene mecanismos que aseguran una muy baja participación en las elecciones (que normalmente no alcanza más que el 50% de los con derecho al voto). Allí aparecieron, por tanto, las teorías actuales de la democracia gobernable, dirigida o controlada, que atestiguan el hecho de que en Estados Unidos el precario desarrollo del Estado no logró establecer un consenso que permita, a través del voto universal, dirigir la determinación del gobierno. Un consenso eficaz no es simplemente psicológico, sino que consiste en el desarrollo de una sociedad civil amplia, que sin mediación positiva de un Estado desarrollado no puede surgir.

### **3. El antiestatismo metafísico frente al desarrollo del Estado: sociedad civil y Estado**

El antiestatismo metafísico es la respuesta surgida en las décadas de los setenta y ochenta al desarrollo de la sociedad civil y del Estado en las décadas de los cincuenta y sesenta.

Los años cincuenta y sesenta son décadas de desarrollo en América Latina. Se trata de un desarrollo económico, social y político, con miras a establecer un consenso que apoye la estabilidad del sistema social existente. Para lograr este consenso se fomenta la industrialización en un marco de planificación estatal global, desarrollando a la vez el Estado en términos de un Estado social (leyes laborales, sistema de educación y salud, reforma agraria, etc.). Este desarrollo estatal impulsa un desenvolvimiento de la sociedad civil a nivel de organizaciones sindicales en la industria y el campo, vecindades, cooperativas, organizaciones juveniles. Aparece una sociedad civil amplia, con sus exigencias frente al mundo empresarial y frente al Estado.

La política de industrialización se basa en la sustitución de importaciones, y logra un rápido desarrollo industrial en muchas partes. Sin embargo, cuando esta política hace crisis y se estanca, aparecen conflictos a nivel de la sociedad civil que rápidamente se extienden al campo político. El aumento tendencial del desempleo y la concentración del ingreso a fines de la década de los sesenta subvierten el consenso sobre el sistema social, y la democracia de voto universal produce mayorías que tienden a la ruptura. Esta crisis aparece en toda América



Latina, pero también en los países del centro, donde la rebelión estudiantil del año 1968 hace visible una crisis de legitimidad, que es crisis del consenso. En los países del centro se logra superar esta crisis, pero en los países de América Latina la respuesta es extrema y lleva a la ruptura con todo sistema democrático existente. Se abandona la política del consenso y se pasa a la imposición violenta del capitalismo amenazado.

Aparecen las dictaduras de Seguridad Nacional, que ya no son del tipo de las dictaduras militares tradicionales de América Latina. Aquellas ahora son altamente ideológicas y hasta metafísicas, frente a las tradicionales, simplemente continuistas. Las dictaduras de Seguridad Nacional definen una relación nueva con la sociedad civil y con el Estado a partir del poder militar, que se apoya en la represión sistemática.

Estas dictaduras se transforman en garantes del antiestatismo metafísico en América Latina, y aparecen en los años ochenta también en América Central (Honduras, Guatemala y El Salvador). Aunque operen muchas veces con una pantalla democrática, actúan como lo han hecho las dictaduras de Seguridad Nacional de los setenta en los países de América del Sur. Apoyadas en el terrorismo de Estado, imponen por la fuerza un sistema económico, prescindiendo de un consenso de la población.

En nombre del antiestatismo, estas dictaduras de Seguridad Nacional actúan en un doble sentido. Por un lado, buscan destruir la sociedad civil, tal como había surgido en las décadas anteriores. Por eso, actúan para destruir los movimientos populares en todos sus ámbitos: sindical, cooperativo, vecinal. Buscan liquidar la organización social derivada de las reformas agrarias en el campo. Disuelven igualmente las organizaciones políticas generadas en vinculación con esta sociedad civil. Por el otro lado, destruyen las actividades del Estado que han acompañado y mediatizado esta sociedad civil, o sea, la capacidad del Estado de trazar una estrategia económica y los sistemas de salud y educación.

Toda esta destrucción se realiza en nombre del desmantelamiento del Estado y de la privatización de sus funciones, una línea de acción fundamentada por una verdadera metafísica antiestatista de los aparatos de represión.

Por supuesto, el Estado ni desaparece ni disminuye. Lo que aparece es un Estado distinto del anterior, que buscaba el consenso popular. Por eso desarrolló funciones que promovieron a la vez la sociedad civil. Este nuevo Estado es de imposición violenta, ha renunciado al consenso de la población para destruir la capacidad de la sociedad civil de ejercer resistencia u oposición frente a las líneas impuestas por la política estatal inspirada en la política del mercado total. Es un Estado enemigo de la sociedad civil, que reduce a la empresa privada, la cual actúa en las relaciones del mercado.

El concepto de sociedad civil resultante es muy similar a lo que era durante del siglo XIX. El concepto apareció a comienzos del mismo, y se refería a toda la actividad social no iniciada o influida directamente

por el Estado. Dado el poco desarrollo social de las sociedades europeas en aquel tiempo, prácticamente "sociedad civil" se identificó con el ámbito de actuación de la empresa privada. El idioma alemán expresa esto directamente. Se habla de sociedad burguesa, "bürgerliche Gesellschaft". Esta concepción de la sociedad civil corresponde al hecho de la democracia autoritaria vigente en este tiempo. Se trata de una sociedad civil nítidamente clasista, en la cual solamente la burguesía tiene voz y, por tanto, es considerada <sup>3</sup>.

Durante el siglo XIX se desarrolla la sociedad civil, y a comienzos del siglo XX ya no tiene sentido identificarla con la sociedad burguesa. Al lado de las empresas privadas ha aparecido un gran número de organizaciones populares, en especial sindicatos y cooperativas, que se expresan políticamente en los partidos socialistas y presionan por el voto universal. La sociedad civil deja de ser el ámbito de una sola clase; ahora aparecen otras clases organizadas. En su seno surge un conflicto que es antes que todo un conflicto de clases.

Al considerar el Estado burgués este conflicto como legítimo, empieza a relacionarse con él, desarrollando nuevas funciones del Estado que posteriormente logran establecer un nuevo consenso, que no elimina este conflicto, pero que lo canaliza y lo institucionaliza. Donde eso no ocurre, aparecen los primeros Estados burgueses violentos con la perspectiva pretendida de suprimir completamente este conflicto. Se trata de los Estados fascistas surgidos entre las dos guerras mundiales. Después de la II Guerra Mundial, el Estado burgués de reformas se impone en toda Europa Occidental. Las funciones del Estado y la sociedad civil se desarrollan paralelamente, y el cumplimiento de las funciones del Estado posibilita precisamente el fomento del desarrollo de la sociedad civil. La relación entre los dos está en la base del consenso democrático que las sociedades de Europa Occidental produjeron después de la II Guerra Mundial, y constituye la base de su democracia electoral con voto universal. Se trata del tipo de consenso que América Latina intentó realizar en las décadas de los cincuenta y sesenta, una línea que también la Alianza para el Progreso persiguió.

La metafísica del antiestatismo se impone en las décadas de los setenta y ochenta, cuando la sociedad capitalista rompe este consenso y se vuelve a estabilizar por la imposición pura y llana de sus relaciones de producción. Aparentemente, se vuelve a los siglos XVIII y XIX. Efectivamente, los pensadores de la economía política de ese tiempo, en especial Adam Smith, ya habían desarrollado las bases teóricas de este antiestatismo, del cual sacaron como conclusión la exigencia de un Estado mínimo (Estado guardián). Se entiende el retorno actual a Adam Smith como clásico del pensamiento económico, por esta vuelta a su

3 Ver: Bobbio, Norberto: "La sociedad civil", en: *Estado, gobierno, sociedad. Contribución de una teoría general de la política*. Ed. Plaza & Jané, Madrid, 1988. Reproducido en: Torres-Rivas, Edelberto: *Política. Teoría y métodos*. EDUCA, San José, 1990.

antiestatismo. Sin embargo, hoy las mismas tesis del antiestatismo resultan mucho más extremas de lo que eran en el pasado. En el siglo XVIII, la sociedad capitalista se enfrentó con la anterior sociedad feudal, a la cual destruyó en nombre de sus consignas antiestatistas. No tenía ni fuerza ni esperanza para poder resistir. La nueva sociedad civil todavía no había nacido. La burguesía era, de hecho, la única clase social organizada, y no descubrió ninguna necesidad de un desarrollo estatal específico. Restringía el Estado a la función de aplicar la ley burguesa en su interior, y al ejército para sus relaciones con el exterior.

En esta situación, el antiestatismo no alcanza tampoco los niveles metafísicos que aparecen hoy, cuando la sociedad burguesa destruye una sociedad civil que se ha desarrollado en su interior. Cuando hoy las dictaduras de Seguridad Nacional enfrentan a los movimientos populares para destruirlos, se enfrentan con organizaciones que surgieron como parte de la propia sociedad burguesa. Por eso, la agresividad resulta mayor y las formulaciones del antiestatismo más metafísicas.

#### **4. Mercado y plan: la constitución del antiestatismo**

Cuando la sociedad civil es reducida a la sociedad burguesa, ella tiende a identificarse con el mercado. Las relaciones sociales de la sociedad civil se ven entonces exclusivamente en términos de relaciones mercantiles, y las otras relaciones sociales parecen ser secundarias o hasta innecesarias. Esta es la visión de la sociedad civil de la burguesía de los siglos XVIII y XIX, que hoy regresa en nombre del antiestatismo neoliberal.

Si este planteamiento llega hasta el extremo, entonces la sociedad civil identificada con el mercado se ve enfrentada con un Estado inútil, que es necesario abolir. Si sobrevive, lo hace en nombre de un Estado mínimo inevitable, que asegura el derecho de la propiedad privada y el cumplimiento de los contratos. Se trata de un Estado esencialmente represivo. Otra función no tiene. Es una visión maniquea de la sociedad, en la cual el mercado es el único polo legítimo de la acción, mientras el Estado es algo que sobra, o que es, en el mejor de los casos, un mal necesario. A eso responde el principio burgués: tanto mercado como sea posible, tanto Estado como sea inevitable. Por tanto, no hay funciones del Estado fuera de aquella de ser guardián represivo del derecho burgués.

Resulta así la visión liberal, en la cual el Estado debe ser esencialmente represivo, y el ejército y la policía son sus instituciones centrales. No se concede al Estado ninguna función positiva. Su única función es asegurar el funcionamiento del mercado. Por tanto, su función es esencialmente negativa, porque todo el funcionamiento de la sociedad se asegura a través del mercado.

Con eso, aparentemente, se elimina la misma política. Al ser el Estado exclusivamente represivo, y al concentrarse su función

exclusivamente en la imposición de las leyes del mercado, aparentemente la política se disuelve en técnica. Por supuesto, sigue habiendo política. Pero ahora se esconde detrás de una pantalla que la hace aparecer como una simple aplicación de una técnica. El mercado parece una exigencia científica, y de la ciencia se deriva la técnica de su aplicación.

Esta visión liberal del Estado tiene un trasfondo metafísico, que la teoría liberal elabora refiriéndose a la fuerza autorreguladora del mercado. Por lo tanto, es imposible analizar su función sin analizar la relación del Estado y de la planificación con el mercado. El antiestatismo de hoy, de hecho, no es más que la sustitución del Estado por la totalización del mercado. En cuanto el Estado, por supuesto, sobrevive, es transformado en un aparato represivo que tiene su función principal en la represión de cualquier resistencia frente al mercado. El Estado burgués que hoy resulta, es el Estado policial.

De esto se deriva que tengamos que volver, aunque brevemente, sobre la teoría de la autorregulación por el mercado, a la cual se remonta este antiestatismo burgués. Como su clásico es Adam Smith, todo antiestatismo actual comienza con una recuperación de sus pensamientos. Por lo tanto, vamos a empezar con la visión de Adam Smith.

#### **4.1. La armonía de Adam Smith**

Adam Smith describe la sociedad burguesa a través de un gran mito utópico, el mito del mercado. El mercado es para él la gran síntesis humana, buscada por toda la historia, entre el interés propio de cada uno de los seres humanos y el interés público, o interés general, el interés de todos. Moviéndose el hombre en mercados, su persecución del interés propio asegura automáticamente el interés común de todos. El mercado es una estructura maravillosa que le quita al hombre toda responsabilidad por el resultado concreto de sus actos, porque automáticamente asegura que este resultado sea, directa o indirectamente, de provecho para todos. Cuanto menos el hombre se preocupa de los otros y de su suerte, mejor asegura a éstos condiciones humanas de vida. Se constituye toda una dialéctica de los contrarios, que por primera vez había sido descrita por Mandeville anteriormente como: vicios privados, virtudes públicas. Adam Smith da a esta percepción de Mandeville su cuerpo teórico.

La irresponsabilidad por el resultado de los actos ya no parece ser irresponsabilidad, sino verdadera responsabilidad. La dureza, y hasta la brutalidad, en las relaciones humanas ya no parecen ser dureza o brutalidad, sino exactamente lo contrario: la única forma realista de preocupación por el otro, el realismo del amor al prójimo.

Adam Smith describe este milagro realizado por la estructura del mercado como la "mano invisible", verdadera Providencia que guía a los actos humanos armónicamente:

Ninguno, por lo general, se propone originariamente promover el interés público, y acaso ni aun conoce cómo lo fomenta cuando no abriga tal propósito. Cuando prefiere la industria doméstica a la extranjera, sólo medita su propia seguridad, y cuando dirige la primera de forma que su producto sea del mayor valor posible, sólo piensa en su ganancia propia; pero en éste, y en otros muchos casos, es conducido, como por una *mano invisible*, a *promover un fin que nunca tuvo parte en su intención* <sup>4</sup>.

Este es el automatismo: hay un fin, que es el interés general, que se cumple precisamente porque no se lo tiene como meta. Instalado el automatismo, el interés de todos se defiende exclusivamente, y mejor, defendiendo este automatismo a ultranza. Por lo tanto, se ha sustituido la ética en todos los ámbitos humanos por la instauración de los valores del mercado: el cumplimiento de los contratos y el respeto de la propiedad privada. Estos valores, al institucionalizarse en estructuras de mercado, expulsan todos los otros. El interés de todos, y con él el bien común, se transforma en una simple tecnología que se aplica asegurando la estabilidad de esta estructura. En la estructura del mercado se descarga toda sensación humana, toda capacidad de consideración del otro. La estructura del mercado, como referencia mítica, desata la completa irresponsabilidad, dándole el aspecto de la única y verdadera responsabilidad.

La ética social es sustituida por una técnica. Para cumplir con lo que las sociedades anteriores pensaban como ética, la burguesía ahora fija una simple técnica: la de imponer mercados. Por eso esta burguesía ya no hace política tampoco. ¿Para qué la política, si hay un medio técnico que por su propia inercia asegura infaliblemente lo que la ética y la política anteriormente apuntaban ilusoriamente? <sup>5</sup>. La burguesía se siente iluminada con la fórmula matemática y la técnica en sus manos, que le permite llegar calculadamente a lo que otros antes de ella querían alcanzar ilusoriamente. Los valores de la propiedad privada y del cumplimiento de los contratos se transforman en esta estructura mágica, que cumple, automáticamente, con todos los sueños de la humanidad. La destrucción del hombre que la burguesía lleva a cabo, es ahora vista como verdadera salvación humana. La historia del colonialismo, de la esclavitud cristiana y liberal —el mayor imperio de esclavos de toda historia humana—, los fascismos del siglo XX, el stalinismo y las

4 Smith, Adam: *La riqueza de las naciones*. Editorial Bosch, Barcelona, 1983. Reproducida por UACA, San José, Costa Rica, 1986. Tomo II, pág. 191.

5 Max Weber lo afirma: "Este fenómeno: el que una orientación por la *situación de intereses escuetos*, tanto propios como ajenos, produzca efectos análogos a los que se piensa obtener coactivamente —muchas veces sin resultado— por una ordenación normativa, atrajo mucho la atención, sobre todo en el dominio de la economía; es más, fue precisamente una de las fuentes del nacimiento de la ciencia económica". "Conceptos sociológicos fundamentales". §4. Weber, Max: *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1944, pág. 24.

dictaduras de la Seguridad Nacional, dan cuenta de las consecuencias que tiene esta visión pretendidamente científica de la sociedad.

Se hace patente un egoísmo, que moralmente se entiende precisamente como lo contrario: preocupación realista por la suerte del otro. Por eso, la burguesía ni siquiera entiende el reproche de egoísmo: para ella, la persecución del interés propio es la promoción de todos los otros, y sería dañino preguntar por los efectos concretos que la acción tiene sobre el otro. El burgués, al perseguir exclusivamente su interés, está completamente convencido que está persiguiendo la salvación del otro. El cree en la identidad de todos los intereses a través del mercado<sup>6</sup>.

Se visualiza la división social del trabajo como un sistema de cálculos del interés propio, que no admite ninguna corrección. Hay una convicción ingenua de que un mecanismo de este tipo es benevolente simplemente en cuanto estructura. Ciertamente, nadie duda que en una división social del trabajo aparecen, y tienen que aparecer, estos cálculos del interés propio. Sin embargo, la teoría de la armonía no admite una sola referencia diferente. Todo tiene que reducirse a este cálculo del interés propio, mientras sólo la ideología del mercado vigila por el interés ajeno. El uno es servidor del otro, y la ganancia que se logra es la medida cuantitativa de la eficacia de este servicio. El mercado parece ser un simple ámbito de servicios, en el cual el interés propio impulsa a cada uno a servir al otro lo más y lo mejor posible. El mercado es *societas perfecta* que nunca una tiene ninguna culpa, pero frente a la cual todos son culpables. Sustituye a la iglesia de la Edad Media en esta posición.

Sin embargo, esta teoría de la armonía del mercado va acompañada de un tenebroso realismo. No pretende que a todos les vaya bien en los mercados. Al contrario, vincula el mercado con un silencioso, cotidiano genocidio. Lo que celebra en cuanto al mercado, es que éste es capaz de eliminar a todos los hombres que no tengan la capacidad o iniciativa para imponerse. En el mercado sólo sobreviven los más aptos, los otros perecen. El mercado es un sistema de competencia en el cual no solamente se decide sobre los productos y su producción, sino igualmente sobre los productores y su vida. La armonía no sólo es entre la oferta y la demanda de productos, sino igualmente entre los productores. El mercado es un señor sobre la vida y la muerte:

En una sociedad civil, sólo entre las gentes de inferior clase del pueblo puede la escasez de alimentos poner límite a la multiplicación de la especie humana, y esto no puede verificarse de otro modo que destruyendo aquella escasez una gran parte de los hijos que producen

6 "No de la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio es de quien esperamos y debemos nuestro alimento. No imploramos su humanidad, sino acudimos a su amor propio; nunca les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas". Smith, *op.cit.* Tomo I, pág. 54.

sus fecundos matrimonios... así es, como *la escasez de hombres, al modo que las mercaderías, regula necesariamente la producción de la especie humana*: la aviva cuando va lenta y la contiene cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda de hombres, o solicitud y busca de manos trabajadoras que hacen falta para el trabajo, es la que regula y determina el estado y propagación, en el orden civil, en todos los países del mundo... 7.

La armonía de Adam Smith no es armónica para todos. Sirviéndose unos a otros, se elimina a aquellos que no logran hacer un servicio que les permita vivir. Sin embargo, su muerte es considerada un logro del interés general y del bien común, un sacrificio necesario para que el conjunto se desarrolle para el bien de todos. El individualismo desemboca en un colectivismo cínico sin límites.

Se trata de una visión del mundo que nos puede explicar adecuadamente el capitalismo del siglo XVIII y de una gran parte del siglo XIX. Hay ciertos cambios, a partir de fines del siglo XIX, que impregnan el sistema capitalista hasta los años setenta del siglo XX. Sin embargo, en estos años setenta ocurre otra vez un cambio, y los años ochenta atestiguan la vuelta de un capitalismo que, nuevamente, puede ser interpretado adecuadamente por la visión del mundo de Adam Smith. Eso precisamente explica por qué hoy Adam Smith es de nuevo considerado el clásico principal del pensamiento económico.

Hoy encontramos la misma visión del mundo que mostramos en Adam Smith, en autores como —por ejemplo— Hayek, cuando durante un viaje a Chile, en uno de los peores momentos de la dictadura de Seguridad Nacional, dice:

Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la mantención de vidas: *no a la mantención de todas las vidas*, porque podría ser necesario *sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas*. Por lo tanto las únicas reglas morales son las que llevan al 'cálculo de vidas': la propiedad y el contrato 8.

Tenemos el mismo argumento: el sacrificio de vidas humanas es necesario en pos del interés general, expresado esta vez por Hayek como preservación de un número mayor de vidas en el futuro. La expresión es vacía y mítica.

Actuar en favor de los desfavorecidos solamente es recomendable si, al hacerlo, no pelagra la estabilidad del sistema. Así lo expresa Lyotard en su libro sobre el pensamiento postmoderno:

7 *Ibid.*, págs. 124-125 (énfasis nuestro).

8 *El Mercurio*, 19-4-81, Santiago de Chile. Entrevista (énfasis nuestro). Hayek concede esta entrevista con ocasión de su visita a Chile para participar en un congreso de la sociedad de Mont Pellerin.

El derecho no viene del sufrimiento, viene de que el tratamiento de éste hace al sistema más performativo. Las necesidades de los más desfavorecidos no deben servir en principio de regulador del sistema, pues al ser ya conocida la manera de satisfacerlas, su satisfacción no puede mejorar sus actuaciones, sino solamente dificultar (aumentar) sus gastos. La única contra-indicación es que la no-satisfacción puede desestabilizar el conjunto. Es contrario a la fuerza de regularse de acuerdo a la debilidad <sup>9</sup>.

Se trataría en este caso no de reformas sociales, sino de reformas antisubversivas. La guerra psicológica se encarga de producir una situación en la cual la no-satisfacción de las necesidades deje de desestabilizar el conjunto. En este caso no hay ninguna contra-indicación. Es el caso de Adam Smith, en el cual el mercado regula el número de seres humanos vivientes, condenando a muerte a los sobrantes.

Visiblemente, se trata de una visión del mundo en la cual no existen derechos humanos. La igualdad de los hombres es el derecho de todos por igual de matar al otro. Lo que se le impone al hombre es, exclusivamente, hacerlo dentro de las reglas del mercado <sup>10</sup>.

#### 4.2. El reformismo burgués y el modelo de la competencia perfecta

Sin embargo, durante el siglo XIX ocurren cambios en la propia sociedad burguesa. Por un lado, la crueldad desnuda del pensamiento de Smith choca con corrientes humanistas burguesas, que empiezan a oponerse a la aceptación de estas consecuencias del mercado en las sociedades europeas. Por otro lado, el impacto de los movimientos socialistas obliga a la burguesía a aceptar reformas económicas y sociales para amortiguar estos efectos. Aparece el reformismo de la sociedad burguesa, y la reformulación de la teoría económica en su forma neoclásica. En esta teoría se inspira el reformismo burgués.

<sup>9</sup> Lyotard, Jean-François: *La condición postmoderna*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1987. págs. 112-113. En el mismo sentido, ver Baudrillard: "Si el sistema pudiera funcionar sin alimentar a sus hombres, no habría siquiera pan para los hombres. Es en este sentido en el que todos somos, dentro del marco de este sistema, sobrevivientes. Por lo demás, el propio instinto de conservación no es fundamental: es una intolerancia o un imperativo social: cuando el sistema lo exige, hace que los hombres anulen este 'instinto' y el morir los exalte (por una causa sublime, evidentemente)". Baudrillard, Jean: *Crítica de la economía política del signo*. Siglo XXI, México, 1974, pág. 86.

<sup>10</sup> El mismo Locke trata este poder como legítimo, aunque sea despótico: "El poder paternal no existe sino donde la minoría de edad hace al niño incapaz de cuidar por sí mismo de su propiedad; el poder político allí donde los hombres pueden disponer de sus propiedades; y el poder despótico no existe sino sobre aquellos hombres que no tienen propiedad". Locke, John: *Ensayo sobre el gobierno civil*. Aguilar, Madrid, 1969, § 174. Estos son los tres poderes legítimos de Locke. Los tres poderes de Montesquieu no son sino una subdivisión del poder político de Locke. Su equilibrio deja funcionar sin control el poder despótico, que Locke defiende.



La armonía sacrificial de Adam Smith se sustituye por una imaginación del mercado en términos de un equilibrio perfecto. Surge la teoría de la competencia perfecta, que describe a un mercado que sea capaz de integrar a todos sus actores en un intercambio de iguales. Ya no se quiere recordar la armonía de Smith. En la visión de estos teóricos neoclásicos, Smith no es nada más que un precursor del pensamiento económico, no su fundador. Fundadores del pensamiento económico moderno se consideran ellos, que sostienen haber transformado la teoría en ciencia <sup>11</sup>.

Esta teoría de la competencia perfecta —o teoría general del equilibrio— es una construcción abstracta, que tiene pocos antecedentes en la teoría económica anterior. Sin embargo, uno de sus antecedentes es el modelo de Robinson, como fue usado por el pensamiento económico desde el siglo XVIII. Pero el modelo del equilibrio ya no se refiere a una sola persona en relación a su trabajo con la naturaleza, sino que es una especie de “Robinson social”, una sociedad en la cual todos los hombres, como participantes del mercado, actúan con una transparencia perfecta tal que el mercado permite en cada momento un equilibrio de todos sus componentes. Hablando con las palabras de Marx, se trata de la construcción de un mercado con una “coordinación a priori” de la visión social del trabajo.

Para poder derivar este modelo de la competencia perfecta, se le introducen ciertos supuestos teóricos. El principal es aquel de un conocimiento perfecto de parte de todos los participantes del mercado. Por lo tanto se dice: supuesto que todos ellos tengan un conocimiento perfecto de todos los hechos que ocurren en el mercado, sus decisiones de consumo y producción llevarán la economía a un equilibrio, en el cual toda decisión es óptima y ningún productor es expulsado.

Así, aparentemente, se ha concebido un equilibrio de mercado completamente humano, en el cual el mercado funciona sin pedir sacrificios humanos. El reformismo de la sociedad burguesa se inspira en esta imagen abstracta como su utopía, a la cual se quiere aproximar. Es la contraparte de la utopía de Marx, que también concibe una “coordinación a priori” de la división social del trabajo, elaborando en esta línea su imagen igualmente abstracta del comunismo como una “asociación de productores libres”, a la cual se trata de aproximar.

De esta utopía de la competencia perfecta, el reformismo burgués deriva las condiciones de la aproximación. Supone que la economía del mercado se aproximará tanto más a ésta su utopía, cuanto más asegure una competencia efectiva acompañándola por reformas sociales, que empujan la integración de todos en el sistema de la división social del trabajo: reconocimiento de los sindicatos obreros, seguro social, y, a partir de Keynes, política de pleno empleo. Después de la Segunda Guerra Mundial, se incluye la política de desarrollo para los países

11 Ver: Assmann, Hugo-Hinkelammert, Franz J.: *A idolatría do mercado. Ensaio sobre economia e teologia*. Vozes, São Paulo, 1989.

subdesarrollados. Pero todo eso se entiende como una política de aproximación al equilibrio del mercado, sin dudar jamás que las metas se pueden conseguir dentro de los límites que impone el funcionamiento de mercados libres. Así, aparece con el reformismo de la sociedad burguesa el intervencionismo estatal, que se autointerpreta como una actividad necesaria para que el mercado pueda encontrar sus metas descritas por la utopía de la competencia perfecta. Se habla del Estado de bienestar.

Parecía no haber pauperización creciente, sino más bien un bienestar compartido, que se extendía a regiones del mundo siempre mayores. Es la situación de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. El mercado parecía ser un medio de compartir riquezas. La tesis de Marx sobre el carácter autodestructor del mercado ya no convence. Pero, igualmente, Adam Smith pierde su actualidad. El equilibrio de mercados parece haber vencido sobre su armonía sacrificial <sup>12</sup>.

Pero, cuando la sociedad burguesa reformista llega a su cúspide a fines de los años sesenta, su imagen de sociedad sin sacrificios humanos —capitalismo con rostro humano— empieza a derrumbarse. Varias crisis anuncian los problemas.

En los países del centro aparece un desempleo frente al cual la política keynesiana de pleno empleo resulta ineficaz. Se habla ahora de *stagflación*. Aunque el presupuesto público ejecute una política de gastos, no se mejora la situación del empleo, sino que sólo se refuerza el proceso inflacionario. *Stagnación* (estancamiento) se junta con inflación: por eso se habla de *stagflación*.

Al mismo tiempo resulta que la política de desarrollo, que se había seguido en América Latina y en otros países del Tercer Mundo, entra en un proceso de estanflación. Aunque sigan todavía tasas de crecimiento positivas, aumenta la parte de la población sin empleo. Toda la industria se convierte en un gran enclave. La crisis de desarrollo se hace visible con la deuda externa del Tercer Mundo. Aunque la deuda no es la causa de la crisis, sus efectos ahora la perpetúan.

Paralelamente, aparece una crisis que pocos habían previsto unas décadas atrás. Se trata de la crisis del medio ambiente, que ahora empieza

12 Esto repercute decisivamente sobre el pensamiento marxista posterior a Marx, y sobre las sociedades socialistas. Estas dejan de fundar su actuación sobre la crítica del capitalismo que Marx había hecho. Más bien interpretan la planificación económica como algo superior al mercado, pero que sin embargo apunta en la misma dirección en la cual el mercado empuja. En la Unión Soviética se habla de "alcanzar y superar a Estados Unidos". El mercado capitalista da las pautas que orientan a las propias sociedades socialistas. Capitalismo y socialismo tienen la misma meta, y cada cual trata de llegar con métodos distintos. No se contraponen destructividad catastrófica del mercado y sociedad alternativa que ponga en equilibrio la humanidad consigo misma y con la naturaleza, sino mercado y plan. Sin embargo, cuando el mercado da las metas por alcanzar, también el mercado es el mejor, e incluso el único, camino para alcanzarlas. Si se quiere alcanzar a Estados Unidos, hay que hacerlo con los métodos que usa Estados Unidos. Por lo tanto, los países socialistas entran en una crisis de la cual difícilmente se recuperarán.

a amenazar la propia sobrevivencia de la humanidad entera. La tecnología, y su uso mercantil, resulta destructora para la naturaleza, cuya sobrevivencia es condición de la sobrevivencia humana.

Sin embargo, se trata de crisis a las cuales no corresponde una crisis del capital y del mercado. Los negocios van bien, la tasa de ganancia está subiendo. El carácter de la crisis ha cambiado en relación a las crisis cíclicas del siglo XIX. En el siglo XIX, el aumento de las tasas de ganancias coincide con el aumento del empleo, y la crisis de la tasa de ganancia y su baja corresponde a una baja del desempleo. El desempleo, y con él la pauperización, es cíclico. Hoy no ocurre eso. El desempleo y la pauperización suben, pero la dinámica del mundo de los negocios y de la tasa de ganancias va en aumento también. Desde el punto de vista del capital, no hay ninguna crisis. La crisis es de los circuitos de reproducción de la vida humana y de la naturaleza.

Las tasas de ganancias suben, ellas no indican la crisis. La industria mundial se ha transformado en una isla o en un archipiélago, una especie de enclave que se desarrolla tanto mejor, cuanto peor le va a los otros. La destrucción de los hombres y de la naturaleza coincide con altas ganancias. Hoy es mucho más visible el hecho de que las tasas de ganancia suben en el grado en el cual el futuro de la humanidad es destruido. Destruir la naturaleza, destruir el desarrollo del Tercer Mundo, da ganancias más altas que cuidarlos. Tasas de ganancia y sobrevivencia de la humanidad, entran cada vez más visiblemente en contradicción. El camino de la maximización de las ganancias, resulta un camino a la muerte de la humanidad.

Por estas razones decae el optimismo de la sociedad de bienestar durante los años setenta. El desarrollo de los países subdesarrollados se estanca, y la destrucción progresiva de la naturaleza es siempre más obvia. Mientras ya desde la década de los sesenta se había hablado en los países del Tercer Mundo de la necesidad —para asegurar el desarrollo— de medidas que vayan más allá de la vigencia de la sociedad capitalista, aparecen ahora análisis preocupantes de la crisis del medio ambiente. En 1972 se publica *Límites del crecimiento* del Club de Roma. Durante los años setenta, el Presidente Carter promueve en Estados Unidos una evaluación del medio ambiente mundial, que desemboca en el informe *Global 2000*, el cual confirma la preocupación del Club de Roma. Sin embargo, resulta ahora que las posibles medidas por tomar, van a tener efectos estructurales profundos sobre el sistema económico.

Por primera vez en su historia, la sociedad burguesa enfrenta abiertamente crisis que ya no pueden ser tratadas en términos de una simple política de reformas, en los límites vigentes del libre juego de mercados. El reformismo burgués, frente a estas metas —política del desarrollo y política del medio ambiente—, desemboca en una crítica de la sociedad burguesa misma. No efectúa esta crítica, pero dicha sociedad está visiblemente expuesta a ella. Tanto el desarrollo como el medio ambiente exigen medidas de coordinación del mismo aparato tecnológico, que no

pueden ser tomadas de la lógica misma de los mercados. Tienen que ser medidas que dirijan la tecnología *antes* de ser usada mercantilmente.

Es la vuelta de la crítica del capitalismo de Marx. Efectivamente, el mercado ha resultado ser un automatismo que —al producir la riqueza— destruye progresivamente las fuentes de todas las riquezas: el hombre y la naturaleza. Destruye la naturaleza por sus propios mecanismos, y al destruir a los hombres, destruye más todavía a la naturaleza. Esto porque los hombres expulsados de la división social del trabajo y condenados a la pauperización, tratan de salvarse destruyendo todavía más la naturaleza.

El efecto destructor y sacrificial del automatismo del mercado, que ya Adam Smith había demostrado, resulta realmente acumulativo y ascendente. Hoy podemos ver eso con mucha más intensidad de lo que era posible en el siglo XIX. Tenemos imágenes de este tipo que aparecen frecuentemente. Se habla de que son cinco minutos para las doce. Se habla de una bomba de tiempo. Pero se habla también de un deterioro acumulativo de la destrucción, sobre todo de la naturaleza, que se acerca a un punto de no retorno a partir del cual el colapso de la vida ya no es reversible.

Dennis Meadow, el coordinador del estudio del Club de Roma sobre los *Límites del crecimiento*, respondió en una entrevista a la pregunta de si no querría realizar hoy un estudio de repercusiones parecidas:

Suficiente tiempo he tratado de ser un evangelista global, y he tenido que aprender que no puedo cambiar el mundo. Además, la humanidad se comporta como un suicida, y ya no tiene sentido argumentar con un suicida, una vez que haya saltado de la ventana <sup>13</sup>.

## 5. El mercado como mecanismo de regulación de la tecnología

Tratar la tecnología mercantilmente, y calcular su empleo en términos de criterios de la maximización de las ganancias, implica usar la tecnología fragmentariamente. Cada introducción de una tecnología es calculada sobre un sector fragmentario de la naturaleza y sobre un segmento de la división social del trabajo. Desde el punto de vista de la empresa que actúa en el mercado, las repercusiones que tiene una tecnología sobre el conjunto —sea de la división social del trabajo, sea sobre el conjunto de la naturaleza—, no interesan. Además, para la empresa es imposible tomar en cuenta estos efectos indirectos de su acción. La competencia la borraría.

Esta acción fragmentaría se vincula necesariamente con la orientación por criterios mercantiles, aunque no sea sólo el producto de

<sup>13</sup> *Der Spiegel*. Nº. 29/1989, pág.118.

estos criterios. Toda acción humana, mercantil o no, tiende a un comportamiento de este tipo. Sin embargo, un sistema de mercados hace compulsivo este comportamiento fragmentario. El mercado arrastra hacia él. El mecanismo competitivo lo impone, porque —por un lado— la participación en la destrucción promete ganancias mayores que cualquier otro comportamiento, y —por el otro— amenaza con la expulsión del mercado de la empresa que no se oriente por la ganancia.

Sin embargo, tanto la división social del trabajo como la naturaleza forman conjuntos interdependientes. Lo que hace una acción tecnológica en una parte, repercute en muchas e, indirectamente, en todas partes. Pero también lo que ocurre en otras partes se hace notar por interdependencia en el lugar de partida. El conjunto interdependiente resulta ser una red de causaciones mutuas. Muchos de estos efectos son previsibles, y hay un trabajo científico constante para conocer mejor estas interdependencias. Sin embargo, el criterio mercantil induce, y muchas veces obliga, a no evitar tales efectos y más bien aprovecharlos. Eso lleva a constantes distorsiones (se trata de distorsiones de parte del mercado, cuyos efectos distorsiona) en estos conjuntos interdependientes, que hacen desaparecer elementos necesarios para su reproducción. Cuanto más eso ocurre, más el conjunto interdependiente se restringe, pudiendo llegar hasta el colapso.

Es más fácil ver esta problemática en relación a la naturaleza como conjunto interdependiente. En el abordaje fragmentario se llega a grados de destrucción que amenazan la sobrevivencia del conjunto como un medio ambiente para la vida humana. La destrucción de los bosques, el hoyo de ozono, el envenenamiento del agua potable, muestran tendencias de este tipo. Ningún criterio de escasez del mercado anuncia que se está llegando a un límite de lo posible. Solamente el colapso podría mostrarlo, pero lo demuestra únicamente cuando ya se ha pasado el punto de no retorno. Hasta llegar al colapso, el comportamiento fragmentario sigue siendo más rentable —mercantilmente visto—, que todos los comportamientos alternativos posibles. Antes del colapso, el mercado todavía florece, a pesar de que las condiciones de vida ya se han destruido. El verde del dólar cubre el verde de la naturaleza, hasta que la muerte de la naturaleza lo haga palidecer.

Las destrucciones que ocurren aceleran el mismo proceso de destrucción. Al intentar sobrepasar los efectos negativos resultantes, la acción fragmentaria busca febrilmente sustitutos del elemento natural dañado, y al hacerlo, se ciega frente a los problemas, para agravarlos más todavía. Por eso, la velocidad destructora aumenta con más rapidez que la propia producción de riquezas. Aparece una ley tendencial autodestructora como producto del propio automatismo del mercado <sup>14</sup>.

14 Es interesante ver cómo Marx enfocó este problema, aunque ni lejanamente percibe todo el alcance de la destrucción de la naturaleza que vivimos hoy: "En la agricultura, al igual que en la manufactura, la transformación capitalista del proceso de producción es a la vez el

Automatismo de mercado y aplicación fragmentaria de la técnica, forman una unidad inseparable que resulta destructora frente a los conjuntos interdependientes. Esta destrucción es necesariamente acumulativa, con la amenaza de pasar un punto de no retorno, a partir del cual ya no hay salida. Aunque no se sepa con exactitud en qué momento se llega a este punto, se sabe que tal punto debe existir. El mercado resulta ser efectivamente un mecanismo autodestructor, un monstruo, como en la película *The Yellow Submarine*, que se devora a sí mismo <sup>15</sup>.

Frente a este fenómeno, no se puede reaccionar con un simple cambio de valores éticos, aunque tales valores son condición necesaria para que haya un cambio. Pero cualquier actitud de valores se estrella con un mercado que, compulsivamente, impone actitudes fragmentarias frente a la naturaleza y a cualquier conjunto interdependiente (división social del trabajo, pero también culturas autóctonas, religiones, etc.).

martirio del productor, en que el instrumento de trabajo se enfrenta con el obrero como instrumento de sojuzgamiento, de explotación y de miseria, y la combinación social de los procesos de trabajo como opresión organizada de su vitalidad, de su libertad y de su independencia *individual*. La dispersión de los obreros del campo en grandes superficies vence su fuerza de resistencia, al paso que la concentración robustece la fuerza de resistencia de los obreros de la ciudad. Al igual que en la industria urbana, en la moderna agricultura la intensificación de la fuerza productiva y la más rápida movilización del trabajo se consiguen a costa de devastar y agotar la fuerza de trabajo obrero. Además, todo progreso, realizado en la agricultura capitalista, no es solamente un progreso en el arte de *esquilmar al obrero*, sino también en el arte de *esquilmar la tierra*, y cada paso que se da en la intensificación de su fertilidad dentro de un período de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad. Este proceso de aniquilación es tanto más rápido cuanto más se apoya un país, como ocurre por ejemplo con los Estados Unidos de América, sobre la gran industria, como base de su desarrollo. Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre". C. Marx, *El capital*, FCE, México, 1946, págs. 423-424.

15 El mercado funciona sobre la base de un orden producto de la reacción a desórdenes. Esta discusión sobre la relación entre orden y desorden empieza ya en el siglo XVIII a partir de la tesis de Adam Smith sobre la "mano invisible". Baladier describe el problema: "En el siglo XVIII, la idea de que el desorden implica necesariamente un orden adquiere una fuerza conquistadora. Sabe reconocer así la obra de 'la mano sabia de la naturaleza'; ella 'hace nacer el orden del desorden y, sin desorden, no llegaría a nada; tal es el equilibrio profundo'". Baladier, Georges: *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Gedisa, Barcelona, 1989, pág. 173 (Sade: *Historie de Juliette*, tomo I). Sin embargo, ella es tomada también por Marx: "Pero esta tendencia constante de las diversas esferas de producción a mantenerse en equilibrio sólo se manifiesta como reacción contra el desequilibrio constante. La norma que en el régimen de división del trabajo dentro del taller se sigue *a priori*, como un plan preestablecido, en la división del trabajo dentro de la sociedad sólo rige *a posteriori*, como una ley natural interna, muda, perceptible tan sólo en los cambios barométricos de los precios del mercado y como algo que se impone al capricho y a la arbitrariedad de los productores de mercancías". Marx, Carlos: *op. cit.*, págs. 290-91. Marx sostiene que este orden tiene una tendencia autodestructiva. Esta discusión vuelve hoy con mucha fuerza a partir de los trabajos de Prigogine. Ver: Prigogine, Ilya-Stengers, Isabelle: *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Alianza, Madrid, 1983. Prigogine se enfrenta a la tesis de las tendencias autodestructoras de tales sistemas autoregulados, que en las ciencias naturales son expresadas por las leyes de la termodinámica y la tendencia a la entropía.

Actuar sobre los criterios fragmentarios de la tecnología presupone establecer límites a los criterios mismos del mercado, siempre y cuando aparezca esta tendencia destructora. Toda relación con el mercado tendría que cambiar. Tiene que ser puesto bajo criterios no mercantilmente derivados, capaces de guiar la tecnología dentro de los límites del conjunto interdependiente. Recién dentro de estos límites pueden regir los criterios del mercado. En este argumento tienen su base las exigencias de nuevos órdenes económicos y ecológicos.

Sin embargo, para la ideología burguesa se trata de un punto crítico. El reformismo burgués siempre se cuidó de ubicar sus reformas dentro de los límites dados por el mercado, sin fijarle límites a éste. Y aunque a veces ha traspasado esta posición —como, por ejemplo, en el caso de los ordenamientos del mercado agrario de los países centrales—, por lo menos ideológicamente respetó este límite. Pero ahora resulta al revés. Para ir más allá de la aplicación fragmentaria de la tecnología, se necesita establecer un orden que ponga límites a la acción de los mercados.

Precisamente a este punto llegó al reformismo burgués durante la década de los setenta. Las fórmulas creadas anteriormente ya no eran suficientes, y cualquier nueva fórmula eficiente tendría que haber llevado a un cambio profundo de la propia sociedad burguesa, el cual ni aún hoy se sabe hasta dónde tiene que llegar.

Se trata de un punto en el cual la propia teoría económica del equilibrio deja de ser explicativa. El reformismo burgués la había interpretado como una imagen utópica, a la que uno se puede aproximar realizando reformas económicas y sociales dentro de los límites que deja abiertos el libre juego de los mercados.

Sin embargo, este modelo del equilibrio puede llevar a interpretaciones bien diferentes. Es una conceptualización circular, cuyo funcionamiento de competencia perfecta es el resultado de supuestos teóricos extremos, en especial del supuesto de un conocimiento perfecto de parte de todos los participantes del mercado, siendo todos los hombres participantes. Si ese es realmente el supuesto teórico, entonces se sigue más bien que la economía de mercado no puede tener ninguna tendencia a este equilibrio, con reformas o sin reformas. Si el mercado puede tener una tendencia al equilibrio solamente en el caso de que haya tal conocimiento, se prueba que tal tendencia al equilibrio no resulta del modelo.

Esta es la conclusión de la teoría económica neoliberal, como la expone Hayek. Por tanto, vuelve a la armonía de Adam Smith, con su concepción del mercado como un sistema autorregulado, cuya armonía se produce por el sacrificio de los excluidos que se eliminan por la oferta y la demanda. Pero el concepto tiene ya que ser ampliado <sup>16</sup>. La

<sup>16</sup> Hayek trata de escapar al supuesto de un conocimiento perfecto como condición para la tendencia al equilibrio, porque se da cuenta que es imposible que en la realidad empírica se dé, o que haya una aproximación a él. Para seguir sosteniendo esta tendencia al equilibrio,

exclusión por la oferta y la demanda hoy ya no se refiere únicamente a los seres humanos, sino también a la naturaleza. La armonía del sistema autorregulado se basa ahora visiblemente en el sacrificio, tanto de los productores como de la naturaleza. No hay otra manera de concebir una tendencia al equilibrio. La teoría neoliberal la busca, por tanto, por el mismo camino que Adam Smith la había encontrado. Vuelve a la armonía sacrificial de Adam Smith.

Efectivamente, la teoría general del equilibrio del pensamiento neoclásico puede ser usada como prueba de lo contrario de lo que pretende comprobar. No muestra lo que el mercado puede, sino lo que *no* puede. Describe un equilibrio del mercado y comprueba que, por medio del mismo, no se puede ni llegar ni aproximarse a él. El precio de mercado, como precio de equilibrio de la oferta y la demanda, no indica de por sí racionalidad económica alguna. Puede coincidir con esta racionalidad o no. Que el precio equilibre la oferta y la demanda, no dice nada sobre su racionalidad económica. Es económicamente racional solamente si es un precio que, como indicador en los mercados, asegure un uso tal del hombre y de la naturaleza que éstos no sean destruidos. Sin embargo, ningún precio puede asegurar eso automáticamente. Por tanto, para que haya racionalidad económica, hace falta una acción que asegure que los mercados se mantengan en los límites dados por la necesaria reproducción de los conjuntos interdependientes de la división social del mercado y de la naturaleza.

La teoría económica neoliberal, en cambio, se desentiende del problema de esta racionalidad económica. Sostiene, por tautología, que el precio que iguala la oferta y la demanda es el precio racional, porque iguala la oferta y la demanda. No logra salir de esta tautología, porque rechaza hablar de los efectos distorsionantes que el mercado tiene sobre el mundo real.

Resulta una teoría del óptimo de los precios, en la cual los precios —de oferta y de demanda— describen el camino más corto, sin rodeos ni desvíos, hacia el abismo, hacia la destrucción del hombre y de la naturaleza. Lo que la teoría neoclásica llama precios racionales, no es más que eso. El sistema autorregulador tiene allí su fin. Para dar solamente un ejemplo: los precios de oferta y demanda indican hoy la destrucción tanto de la Amazonia como del Himalaya. Siguiendo esta indicación, el mercado actual efectúa la destrucción. Pero estos mismos precios de oferta y demanda, indican ensuciar el agua y aire. Además

Hayek hace un juego. Sostiene que el mercado produce tal tendencia, pero sin que cada participante tenga aquel conocimiento. El mercado produce el equilibrio, "como si hubiera conocimiento perfecto". Lo trata como una institución-computadora, que tiene conocimiento perfecto en el sentido que puede actuar como si lo tuviera. Transforma el mercado en una instancia mágica de omnisciencia estructural. Se inspira para ello en la filosofía del "como si" de Vaihinger: *Die Philosophie des als ob*. 1912. Sin embargo, sustituye el equilibrio de la teoría general del equilibrio por la armonía sacrificial de Adam Smith. Ver Hayek, Friedrich A. von: *MiBbrauch und Verfall der Vernunft. Ein Fragment*. (Abuso y decadencia de la razón. Un fragmento.) Salzburg, 1979.



indican, por los pagos de la deuda externa del Tercer Mundo, la pauperización rápida de su población y la paralización del desarrollo de tres continentes <sup>17</sup>.

A un concepto de racionalidad económica de este tipo le falta completamente coherencia. Porque ahora, cualquier esfuerzo de salvar la naturaleza, de salvar al hombre, evitar el desempleo y la pauperización, aparece como distorsión del mercado y por tanto de la propia racionalidad. El concepto de racionalidad implicado lo resume Kindleberger: "Cuando todos se vuelven locos, lo racional es volverse loco también" <sup>18</sup>. Que la humanidad sobreviva, sería una simple distorsión del mercado y una violación de la racionalidad económica. Los neoliberales son como el general Castello Branco, quien encabezó el golpe militar en Brasil en 1965. Después del golpe decía: Antes estuvimos delante de un abismo profundo; con el golpe, dimos un gran paso adelante.

Es el mercado el que distorsiona, por su maximización de un criterio mercantil cuantitativo y abstracto, el equilibrio del hombre con el hombre y con la naturaleza <sup>19</sup>. Hay que vigilarlo, para que haya aquella racionalidad que asegure el marco en el cual la humanidad y la naturaleza puedan seguir existiendo. Ese es el único concepto de racionalidad económica coherente. En esta visión, las luchas sindicales, de protección de la naturaleza, la exigencia del desarrollo del Tercer Mundo, la anulación de la deuda externa del Tercer Mundo y las actuaciones estatales que de eso se derivan, son exigencias no solamente éticas, sino de una racionalidad económica distorsionada por la lógica del mercado.

17 Kindleberger, Charles P.: *Manias, Panics and Crashes: A History of Financial Crises*. Basic Books, New York, 1989, pág. 134. Seguir estas indicaciones de los precios es lo que la teoría liberal llama lo racional. Un empresario latinoamericano me dijo una vez en una conversación: "Ciertamente, en las últimas dos décadas ha aumentado la pobreza y el desempleo en América Latina. También la naturaleza se está destruyendo. Pero nadie puede dudar que la eficiencia de la empresa se ha mejorado enormemente". Esto es la teoría neoclásica en plena acción.

18 Milton Friedman considera inclusive la abolición de la esclavitud —la prohibición legal de ella— como una imperfección del mercado, es decir, una falta de racionalidad económica: "debido al marco institucional y debido a las imperfecciones del mercado de capitales, no podemos esperar que el capital humano responda a presiones e incentivos económicos de la misma forma que el capital material". Friedman, Milton: *Teoría de los precios*. Madrid, 1966, pág. 313. "Estas peculiaridades sólo desaparecerían en una sociedad de esclavos y, en ella, sólo para los esclavos", pág. 258

19 Por eso, el problema no es simplemente el mercado, como si la planificación fuera su solución automática. El problema está en el hecho de que el mercado maximiza la ganancia como criterio cuantitativo por encima de las exigencias de la vida concreta, que destruye como consecuencia. Si la planificación económica se orienta por criterios cuantitativos análogos, tiene los mismos efectos destructores. En los países del socialismo histórico eso ocurrió sobre todo en la Unión Soviética, al tomar como su criterio de maximización la tasa de crecimiento, que también es un criterio mercantil abstracto. En países socialistas donde la orientación de la economía no era tan exageradamente abstracta —como, por ejemplo, en Cuba o en Nicaragua, en el tiempo del gobierno sandinista—, no ocurrió la misma destrucción de la naturaleza.

Aumentan la racionalidad económica, si efectivamente logran asegurar pasos concretos en tales direcciones. Que le vaya bien a la gente y que pueda vivir, es también una exigencia de la racionalidad económica. No es una exigencia "ética" que distorsiona la racionalidad económica, como los neoliberales creen.

Eso no significa que haya un automatismo al revés, en el sentido de que los precios de la oferta y la demanda necesariamente sean distorsionantes. No hay automatismo que pueda asegurar ni la racionalidad ni la irracionalidad. Si los precios de oferta y demanda son racionales o no, es resultado de un juicio sobre ellos que se oriente en la racionalidad económica de la sobrevivencia de la humanidad y de la naturaleza. No hay solución "técnica" *a priori*, no hay una simple deducción de principios como los del mercado o de la planificación. La política no se puede reducir a la técnica, y es imposible sin sabiduría.

## 6. El capitalismo salvaje

En los años setenta de este siglo el reformismo burgués llegó a su límite. Los problemas del desempleo estructural en los centros, de la frustración de la política de desarrollo en el Tercer Mundo y de la crisis del medio ambiente, no podían ser solucionados con los métodos tradicionales que había empleado. Si se quería solucionarlos, se tendría que tomar medidas que iban a chocar con principios sagrados de la sociedad burguesa, en especial el principio según el cual el mercado y sus leyes son la última y más alta referencia de cualquier política económica. Aparecía ahora la necesidad de un nuevo orden económico y de un orden ecológico a nivel de la economía mundial. El mercado mundial necesitaba un marco que lo canalizara dentro de los límites de una racionalidad económica que le impusiera el respeto por las condiciones de la reproducción, tanto de los seres humanos como de la naturaleza.

Para la burguesía era un desafío y una provocación. Tendría que haber enfocado un problema que las sociedades socialistas no habían solucionado y en parte ni notado, a pesar de que tendrían que haber sido ellos los que promovieran una solución. Pero la provocación consistía en el hecho de que solamente podían enfrentar este desafío, cambiando sus propias estructuras para adecuarlas a la solución de estos problemas fundamentales.

Sin embargo, en vez de eso, la sociedad burguesa efectuó una vuelta completa. En vez de encarar los problemas, los negó. Cuando Reagan en 1980 sube a la presidencia de Estados Unidos, hace una política de "tabula rasa". Frente al desempleo estructural, opta por el debilitamiento y hasta la destrucción de los sindicatos obreros y de la política de empleo. Frente a la crisis de la política de desarrollo, opta por la supresión y paralización del desarrollo del Tercer Mundo, y frente a la crisis del medio ambiente, simplemente cierra los ojos.

Empieza una de las décadas más agresivas y destructoras de la historia del capitalismo.

Vuelve el capitalismo salvaje. El debilitamiento de los sindicatos se logra muy rápidamente. En los países de América Latina se transita por períodos de un terrorismo de Estado incontenible. La supresión del desarrollo de los países subdesarrollados se logra por la política del cobro de la deuda externa del Tercer Mundo, que destruye en gran parte lo logrado por la política de desarrollo de los años cincuenta y sesenta. En cuanto al medio ambiente, se abren todos los canales de destrucción, sin plantear ni una medida de limitación, excepto dentro de los países del centro mismo. Nunca se ha destruido tan despiadadamente la naturaleza como en la década de los ochenta, que sigue precisamente a la década en la cual, con los *Límites del crecimiento* del Club de Roma y con *Global 2000*, se había llamado poderosamente la atención sobre ese fenómeno.

Ha aparecido una burguesía salvaje que se lanza a la destrucción, sin aceptar siquiera argumentos. Un capitalismo frenético se vuelve en contra de las riquezas del planeta (en el grado en el cual todavía siguen existiendo). Y cuanto más aparece la crisis el socialismo, más salvaje resulta el capitalismo.

Este capitalismo aparece en nombre del antiestatismo y del antintervencionismo estatal, del antirreformismo, y de la denuncia y persecución de los movimientos populares. Es un capitalismo desnudo, que llega al poder total y lo usa con arbitrariedad ilimitada. Transforma la sociedad burguesa en una sociedad militarista, que impone sus puntos de vista en todas partes por la violencia militar y policial. Su antiestatismo, por ser una defensa del mercado desnudo sin ningún límite, se transforma en violencia sin límite. El terrorismo estatal es un instrumento imprescindible. Donde sea necesario, instala los regímenes totalitarios de la Seguridad Nacional.

Este capitalismo salvaje vuelve a encontrar a Adam Smith como su clásico y lo celebra como su fundador. Descarta a los teóricos del reformismo burgués, desde John Stuart Mill y Marshall hasta Keynes. Su desnudez la defiende en nombre de la "mano invisible".

Sin embargo ya no se puede volver tan simplemente a Adam Smith. Smith vive en un mundo bien diferente. Es un mundo que no conoce todavía los efectos acumulativos de la destructividad del automatismo del mercado. Smith cree en un mundo en el cual la eliminación de hombres por la oferta y la demanda en los mercados, no es más que un sacrificio que fertiliza a la sociedad capitalista. Pero desde Smith hasta hoy, pasando por Marx como su autor principal, la percepción del carácter acumulativo de esta destructividad se ha hecho presente. El mundo imaginario semi-arcaico de Smith ha desaparecido. El mercado hoy, visiblemente, contiene un automatismo autodestructor<sup>20</sup>. Por eso,

20 H. Maucher, Director de la Nestlé, lo expresa así: "Nadie negará que la 'creatividad destructora' del mercado crea durezas extremas... y con F.A. von Hayek creo que el concepto

la simple referencia a la mano invisible de Adam Smith ya no resulta suficiente en el mundo actual.

Hoy tenemos que ver no solamente con la muerte de algunos, sino con la tendencia a la muerte de toda la humanidad, incluidos los neoliberales mismos. Para poder sostener este capitalismo salvaje, la misma sociedad burguesa constata esta tendencia. Con eso ella pasa hoy a la necesidad de un heroísmo del suicidio colectivo de la humanidad.

Convencida de la existencia autodestructora, opta no por la vida en contraposición al mercado, sino por la mística de la muerte. En el suicidio colectivo, esta mística se transforma en proyecto. Marx jamás previó esta posibilidad. Con su optimismo del siglo XIX, él está seguro de que, al revelar la tendencia destructora del automatismo del mercado, la reacción humana sería directamente, y sin rodeos, en favor de una alternativa. Pero resultó no ser así. El proyecto del heroísmo del suicidio colectivo resulta muy tentador. El nazismo alemán fue el primer caso de un pueblo que, mayoritariamente, se emborrachó con este tipo de heroísmo.

La burguesía tiene antecedentes para este pensamiento. El reformismo burgués nunca ha sido su única respuesta a la crítica de Marx del capitalismo. En los países donde los movimientos socialistas eran suficientemente fuertes para poder aspirar al poder, la burguesía no ha sido predominantemente reformista. Empezó muy temprano a desarrollar un pensamiento de respuesta salvaje. Eso ocurrió en especial en la Alemania nazi y en la Italia y la España fascistas, pero ha tenido muchas repercusiones en los otros países burgueses. En la situación actual, la sociedad burguesa recupera estos pensamientos y les da un desarrollo nuevo.

'justicia', en última instancia, es irrelevante para el funcionamiento del mecanismo del mercado". *Innovatio* 3/4, 1988, citado según Widerspruch. *Beiträge zur sozialistischen Politik*. Zürich, Heft 16-Dez 1988, S.4. Maucher expresa esto en Suiza, frente a una campaña que se hizo en contra de la Nestlé, bajo el lema: "La Nestlé mata bebés". La Nestlé quería prohibir el uso publicitario de este lema, pero los tribunales suizos esta vez no siguieron la voluntad de la compañía multinacional y rechazaron prohibir el lema citado. Maucher declaró la irrelevancia de la justicia para los procedimientos del mercado. De hecho, rechaza más: rechaza ser responsable de los actos que comete. La sociedad burguesa hace de esta posición su religión, la única que tiene.

Sobre el intento de algunos en Suiza de conseguir una protección aduanera para sus productos, dice el *Neue Züricher Zeitung*, diario de la gran burguesía suiza: "Aquellos que en otros lugares no muestran ningún problema en sacar de su molino de oración *confesiones verbales* y superficiales en favor del orden de competencia, de repente ya no están convencidos de la fuerza de la autorregulación de una competencia efectiva, que es eficiente y, *en principio orientada por el bien común*... En contra de todas las *confesiones verbales*, de repente se le niega a la *competencia ilimitada* la capacidad de generar estructuras de oferta adecuadas a la demanda...(hay) discrepancia entre la *confesión* de los principios referentes al funcionamiento y al valor de la economía del mercado, y la *disposición* de sacar las reales consecuencias de su afirmación". *Neue Züricher Zeitung*, 11/12, Nov. 1989. Quieren *confesiones de fe* en el mercado que no sean simplemente verbales, porque la *competencia ilimitada* asegura el bien común.

Ahora, esta burguesía no se puede afirmar sin volver a este heroísmo del suicidio colectivo. La sociedad burguesa de hoy lo necesita. Si la sociedad de mercado contiene este automatismo autodestructor, que arrastra toda la humanidad detrás de sí, solamente se la puede afirmar en los términos salvajes actuales, fomentando esta misma mística de la muerte.

El autor que elaboró primero esta respuesta, y que sigue siendo el más fascinante hasta hoy, es Friedrich Nietzsche. A través de Nietzsche, esta burguesía frenética que se ha desarrollado paralelamente al reformismo burgués desde fines del siglo pasado, se ha interpretado a sí misma. Desde esta perspectiva, el reformismo burgués se ve diferente:

Puede muy bien ser que representantes nobles (aunque no muy inteligentes) de las clases dirigentes se propongan tratar a todos los hombres como iguales, reconocerles derechos iguales; en este sentido, una concepción idealista que descansa en la justicia es posible, pero como he dicho, sólo en el seno de la clase dirigente, que en este caso ejerce la justicia por sacrificios y abdicaciones. Por el contrario, *reclamar la igualdad de los derechos, como lo hacen los socialistas de las clases dirigidas, no es nunca emanación de la justicia, sino de la codicia. Muéstranse a una fiera pedazos de carne sangrienta en sus proximidades; retíreselos después, hasta que ruja: ¿este rugido significa justicia?* <sup>21</sup>.

La imagen que se tiene de los pueblos se ha transformado en la de una bestia salvaje que ruge, y a la cual se arrojan pedazos de carne. Son el peligro que amenaza con la muerte. Hay una evidente inversión de la crítica del capitalismo de Marx. Marx reprochaba al capitalismo destruir con su voracidad las fuentes de todas las riquezas: el hombre y la naturaleza. Por tanto, le reprochaba que su eficacia descansa sobre una destructividad que, por los efectos no-intencionales de la acción humana por los criterios del mercado, tiende a destruir las bases reales de esta misma eficacia. Tiene una eficacia a plazo limitado. Sin asegurar la reproducción de estas fuentes de riqueza, no puede haber un futuro a largo plazo de la humanidad. Por lo tanto, hace falta someter esta eficacia mercantil a un criterio de sobrevivencia.

En la visión del capitalismo salvaje, esta exigencia por precios e ingresos que permitan reproducir estas fuentes de riqueza, es enfocada como *el peligro*. Los pueblos que piden poder vivir parecen ser los voraces que hay que combatir, fieras por domar. Son como los muestra la película: "La gran comilona". *El peligro es que sean reivindicadas las condiciones de reproducción del hombre y de la naturaleza*. Este criterio se ha extendido en buena parte a los grupos que se esfuerzan por salvar la naturaleza. En la visión del capitalismo salvaje, la exigencia

21 Nietzsche, Friedrich: "Humano, demasiado humano". Primer libro. Nº. 451, en: Friedrich Nietzsche: *Obras inmortales*. Visión Libros, Barcelona, 1985. Tomo IV, pág. 2102.

de la reproducción del hombre y de la naturaleza se transforma en un levantamiento en contra de la racionalidad, definida por las relaciones mercantiles. Para Marx la racionalidad económica consistía en asegurar las condiciones de la reproducción del hombre y la naturaleza, y con eso la sobrevivencia humana. El capitalismo salvaje ha declarado el precio de oferta y demanda como lo racional, aunque destruya al hombre y a la naturaleza. La destrucción llega a ser lo racional.

Esta burguesía no responde a la crítica de la existencia de una tendencia autodestructora de la acción fragmentaria, aunque parece convencida de que existe. La asume más bien al revés, celebrando la capacidad de autodestruirse como su heroísmo. "Vivir peligrosamente" es su lema, prefiriendo esta libertad mortal a la preocupación por la sobrevivencia humana.

Invierte la crítica de Marx del capitalismo, para desembocar en el heroísmo del suicidio colectivo de la humanidad. Esto presupone destruir todo humanismo universalista, y denunciar cualquier reivindicación concreta de la igualdad de los hombres. La burguesía celebra su propia barbarie <sup>22</sup>.

## 7. La metafísica antiestatista y la abolición del Estado

Como lo mostró Hannah Arendt, el totalitarismo del Estado no viene de ideologías estatistas, sino antiestatistas <sup>23</sup>. El antiestatismo se vuelve totalitario, en cuanto aparece como ideología del poder que pretende usar el Estado con fines antiestatistas. El totalitarismo es una política antiestatista que transforma el Estado en un instrumento de la realización de alguna *societas perfecta*, en cuyo nombre surge el antiestatismo. Históricamente, han sido la *societas perfecta* de la guerra

<sup>22</sup> Nietzsche es el autor de este salvajismo burgués. Ya a fines del siglo XIX pregunta por los bárbaros del siglo XX, los únicos que pueden salvar el mundo de la amenaza del humanismo. "Para elevarse, luchando, de este caos a esta configuración surge una necesidad, hay que elegir: o perecer o imponerse. Una raza dominante sólo puede desarrollarse en virtud de principios terribles y violentos. Debiendo preguntamos: ¿dónde están los bárbaros del siglo XX? Se harán visibles y se consolidarán después de enormes crisis socialistas; serán los elementos capaces de la mayor dureza para consigo mismo, los que puedan garantizar la voluntad más prolongada". Nietzsche, Friedrich: *La voluntad de poderío*. EDAF, Madrid, 1981, Nº. 863, pág. 473. ¡Barbarie o socialismo! es el grito de Nietzsche y de la burguesía salvaje. ¡Salvajismo o socialismo! ¡Muerte o socialismo! ¡es el grito fascista del "¡Viva la muerte!"; que lleva a los horrores del capitalismo salvaje de los años treinta y cuarenta en los países europeos fascistas. (Fueron intelectuales antifascistas en Alemania, quienes invirtieron el grito en: ¡Socialismo o barbarie! (Benjamin, Horkheimer, Adorno, etc)). Esta visión del mundo vuelve después de la II Guerra Mundial. Vuelve como una corriente al lado de un reformismo burgués que domina las décadas de los cincuenta y sesenta Pero, con la vuelta de la burguesía en contra de este reformismo, ella justifica su antireformismo con argumentos ideológicos tomados de esta tradición.

<sup>23</sup> Ver Arendt, Hannah: *Los orígenes del totalitarismo*. Taurus, Madrid, 1974. Capítulo XI, El movimiento totalitario, págs. 425-479.

total, de la planificación total y del mercado total, las que originaron sociedades totalitarias. La inquisición de la Edad Media es su precursora.

Este antiestatismo, que subyace al terrorismo del Estado totalitario, es la otra cara de la reducción de la política a una técnica. Cuando la política se considera una técnica, no se ve ya ninguna razón para la existencia del Estado, el cual tiene entonces la única función de imponer esta técnica (sea del mercado, sea de la guerra, sea de la planificación), para desaparecer o marginarse él mismo como resultado de esta acción. Es famosa la descripción que hace Stalin de este proceso:

Nos declaramos en favor de la muerte del Estado y al mismo tiempo nos alzamos en pro del fortalecimiento de la dictadura del proletariado, que representa la más poderosa y potente autoridad de todas las formas del Estado que han existido hasta el día de hoy. *El más elevado desarrollo posible del poder del Estado con objeto de preparar las condiciones para la muerte del Estado: ésta es la fórmula marxista* <sup>24</sup>.

Hayek, cuando se hace ideólogo de las dictaduras totalitarias de Seguridad Nacional, se expresa en términos casi idénticos:

Cuando un gobierno está en quiebra, y no hay reglas conocidas, es necesario crear las reglas para decir lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Y en estas circunstancias es prácticamente inevitable que alguien tenga poderes absolutos. *Poderes absolutos que debería usar justamente para evitar y limitar todo poder absoluto en el futuro* <sup>25</sup>.

Reagan afirma exactamente lo mismo, cuando en sus discursos decía: "No tenemos problemas *con* el Estado, el Estado *es* el problema". Es ideología totalitaria en estado puro.

Este mismo antiestatismo lo tenemos entre los fascistas. Gentile lo transforma en ideología del Estado fascista italiano:

...en esta concepción el Estado es la voluntad del individuo mismo en su aspecto universal y absoluto, de modo que el individuo se traga al Estado, y dado que la autoridad legítima no puede extenderse más allá de la voluntad real del individuo, la autoridad se resuelve por completo en la libertad. Así, el absolutismo se invierte y parece haberse transformado en su opuesto, y la verdadera democracia absoluta no es la que busca un Estado limitado sino la que no fija ningún límite al Estado que se desarrolla en lo más profundo del corazón del individuo, confiriendo a su voluntad la fuerza absolutamente universal de la ley <sup>26</sup>.

24 Citado según Arendt, Hannah: *Ibidem*, págs. 443-444. La cita proviene de Stalin: *Problemas del leninismo*.

25 *El Mercurio*, *op. cit.*

26 Citado por Leonardo Schapiro: *El totalitarismo*. Breviarios FCE, México, 1972, pág. 59.

Posiblemente, quien mejor previó la forma actual del antiestatismo burgués fue Nietzsche. Sus palabras parecen una adivinanza:

El socialismo es el fantástico hermano menor del despotismo casi difunto, cuya herencia quiere recoger; sus esfuerzos son, pues, reaccionarios. Desea una plenitud del poder del Estado como el propio despotismo no tuvo jamás; sobrepasa lo que enseña el pasado, porque trabaja por reducir a la nada formalmente al individuo: es que éste le parece un lujo injustificable de la Naturaleza y debe ser corregido por un *órgano útil de la comunidad*. Como consecuencia de esta afinidad, se deja ver siempre alrededor de todos los desarrollos excesivos de poder, como el viejo socialista tipo Platón, en la corte del tirano de Sicilia: anhela (y aun exige en ocasiones) el despotismo cesáreo de este siglo, porque como he dicho, desearía ser su heredero... Cuando su ruda voz se mezcla al grito de guerra: '*Lo más Estado posible*', este grito resultará de pronto más ruidoso que nunca; pero en seguida estallará con no menor fuerza el grito opuesto: '*Lo menos Estado posible*' <sup>27</sup>.

Desemboca enseguida en la misma abolición del Estado:

La creencia en un orden divino de las cosas políticas, en un misterio en la existencia del Estado, es de origen religioso: desaparecida la religión, el Estado perderá inevitablemente su antiguo velo de Isis y no recobrará más su respeto. La soberanía del pueblo, vista de cerca, servirá para hacer desvanecer hasta la magia y la superstición última en el dominio de estos sentimientos; la democracia moderna es la forma histórica de la *decadencia del Estado*.... cuando el Estado no corresponda ya a las exigencias de estas fuerzas, no será por cierto el caos el que le sucederá en el mundo, sino que será una invención mucho más apropiada que el Estado la que triunfará del Estado... <sup>28</sup>.

Hoy vivimos la fantástica unión del triunfalismo burgués combinado con su antiestatismo extremo. "Fin de la historia", es su grito. La ambigüedad del lema revela la ambigüedad de toda la sociedad burguesa actual. Efectivamente, este fin de la historia puede ser muy bien el fin de la humanidad y del planeta. Los actuales discursos de la burguesía son sumamente parecidos a lo que eran los discursos de los socialistas stalinistas en el congreso de la victoria del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1927 (XV congreso). El mismo hegelianismo falso, la misma seguridad de que ya no puede haber un paso atrás, la misma decisión del todo por el todo. Hoy la burguesía tiene su congreso de la victoria, más triunfal todavía que aquel de 1927. Se trata de la victoria no sólo en la Unión Soviética, sino en la tierra entera.

27 Nietzsche, *Humano...*, op. cit., Nº. 473, págs. 2114-2115.

28 *Ibid.*, págs. 2112-2113.



En esta forma ha llegado hoy el antiestatismo a América Latina y a América Central. Se unen en el ejercicio del poder político el triunfalismo prepotente y el antiestatismo, con la visión del mercado total como su institución perfecta. Esta es precisamente la combinación totalitaria —poder triunfante, antiestatismo y sociedad perfecta— que Hannah Arendt denunció como el peligro totalitario. Este conjunto engendra al terrorismo del Estado, tan vigente también hoy en América Latina y en América Central.

## 8. El Estado neoliberal resultante

Por eso, no se trata simplemente de defender al Estado como si algún estatismo fuera la solución para los peligros del antiestatismo. Asegurar hoy las funciones del Estado implica una determinada posición frente a las funciones del mercado y frente al desarrollo de la propia sociedad civil. Tiene que ser una respuesta a la crisis provocada por la política del desmantelamiento del Estado y de las políticas de desarrollo.

Los períodos del desarrollo vigoroso de América Latina son períodos de alta actividad estatal y de un importante intervencionismo estatal, a los cuales contestó un significativo esfuerzo de las empresas privadas. Con el comienzo del desmantelamiento del Estado, en cambio, empieza el estancamiento de la economía latinoamericana y su fracaso en desarrollar el continente. Han subido enormemente las ganancias, pero la tal llamada iniciativa privada ha mostrado ineficiencia para desarrollar estos países. Eso lleva a la coincidencia de un rápido desmantelamiento del Estado económico y social en los años ochenta, con un estancamiento cada vez más notable del desarrollo económico y de la dinámica de las empresas capitalistas. Lo cual, sin embargo, va paralelo a un aumento siempre mayor de las ganancias de estas mismas empresas. La incapacidad de la empresa privada de desarrollar los países de América Latina, no baja sus ganancias, sino más bien las incrementa.

Cuanto más se nota este estancamiento, más se habla de la necesidad de privatizar a ultranza las funciones económicas y sociales del Estado. No puede haber ninguna duda: de este desmantelamiento del Estado resultarán ganancias todavía mayores de las que se hacían antes. Actividades como la salud, la educación, pero también la privatización de las empresas públicas, permiten hacer ganancias privadas en actividades hasta ahora monopolizadas por el Estado.

Esta privatización de las actividades estatales lleva, por un lado, a su concentración en las actividades represivas, que absorben cantidades mayores que antes del presupuesto público. Sin embargo, la privatización no lleva tampoco a una reducción de las actividades del Estado que la represión exige.

De hecho, el Estado se transforma cada vez más en un instrumento de aprovechamiento económico de parte de las clases dirigentes. Ya no

cumple con sus funciones, pero sigue siendo aprovechado. Se pagan ahora subvenciones inauditas, pero no a los sectores postergados, sino a los más poderosos. Estas subvenciones se clasifican como incentivos. El cambio de palabra esconde el hecho de la reorientación del Estado hacia el Estado del aprovechamiento. Se trata de montos que superan ampliamente las subvenciones anteriores, las cuales han sido suprimidas con todo ruido. Al estallar la crisis de la deuda externa de América Latina en 1982, todos los gobiernos del continente transformaron la deuda externa privada de las empresas con la banca privada internacional, en deuda pública garantizada por el Estado. Una gran parte de esta deuda tendría que haber terminado por simple bancarrota. Sin embargo, bajo la presión del gobierno de EE.UU. y del FMI, los Estados latinoamericanos se sintieron obligados a asumirla. Más de la mitad de la deuda externa actual de América Latina es resultado de esta intervención estatal, que constituye una gigantesca subvención a la banca privada internacional. En los años ochenta se añadieron otras subvenciones, que se refirieron a los programas de fomento de las exportaciones. En nombre del pago de incentivos, aparecen pagos que en muchos países de América Latina alcanzan el 5% del producto interno. Una gran parte de estos pagos llega a las empresas multinacionales que actúan en América Latina.

Una situación parecida se repite en el caso de la deuda externa y su conversión (*swaps*). La conversión de la deuda se ha transformado en uno de los grandes negocios especulativos del continente, subvencionados por los Estados. Se ha transformado en una fuente de subvenciones estatales para actividades privadas, que escapa completamente a los mecanismos de decisión nacionales y parlamentarios, y que abre grandes espacios para decisiones arbitrarias y discrecionales de parte de los presidentes de los bancos centrales y de los ministros de hacienda.

En una reciente publicación, la CEPAL da cifras que permiten ver el mecanismo que siguen estas conversiones o canjes de la deuda. Instituciones u organismos extranjeros compran títulos de la deuda externa a los bancos acreedores. Se trata de títulos de un determinado valor nominal, que los bancos venden por precios reales en los mercados secundarios de la deuda, precios que suelen ser más bajos del valor nominal. La CEPAL analiza 9 casos de canje por naturaleza que se han dado en América Latina <sup>29</sup>. En este caso, las instituciones extranjeras

29 CEPAL: *El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente*. Santiago de Chile, 1991. Cuadro VIII-2, pág. 116. Gert Rosenthal, secretario general de la CEPAL, dice sobre esta "conversión de deuda por naturaleza": "Creemos que puede ser interesante, pero hay que evaluarlo cuidadosamente y caso por caso, y tenemos dos preocupaciones. La primera es que normalmente entraña un subsidio fiscal considerable de parte del gobierno endeudado frente a la otra parte que adquiere deuda en el mercado secundario. La segunda preocupación es que normalmente la mayoría de las conversiones de deuda por naturaleza que se han hecho hasta ahora responden a la agenda prioritaria de la entidad donante..." Rosenthal, Gert. "Entrevista". *El Día Latinoamericano*, 18.3.91.

compraron un total nominal de \$90 millones en el mercado paralelo por la suma de \$14 millones. Estos títulos son presentados al banco central del país deudor, el cual los compra por una contrapartida determinada de moneda nacional. Según el caso, el banco central puede reconocer estos títulos hasta el límite del valor nominal. La decisión es completamente arbitraria. En el caso analizado por la CEPAL, estos títulos fueron comprados por una suma en moneda nacional equivalente a \$53 millones, es decir, casi 4 veces el valor real en los mercados secundarios. Por lo tanto, la institución extranjera ha recibido un tipo de cambio casi 4 veces mayor al tipo de cambio del mercado. La diferencia la financia el Estado, lo que en el caso del ejemplo analizado por la CEPAL significa una subvención de casi \$40 millones. En la balanza del banco central que financia este canje, no aparece ninguna subvención a nadie. Al contrario. En la balanza, los títulos de la deuda figuran con su valor nominal. Eso tiene como resultado que la subvención se transforma, en la balanza del banco central, en una ganancia. Para quedarnos en el ejemplo: según esta balanza, el banco central hizo ganancias al comprar títulos de la deuda de un valor de \$90 millones por el pago de solamente \$53 millones, es decir una ganancia de \$47 millones.

La CEPAL da solamente informaciones sobre estos canjes de deuda por naturaleza. Eso tiene también razones psicológicas, porque hay una tendencia de la opinión pública a ver positivamente las subvenciones públicas en favor de la naturaleza. Sin embargo, hasta este caso es problemático, porque ahora son entidades extranjeras las que determinan dónde el Estado será activo y dónde no.

Sin embargo, el problema es obviamente mucho más complicado cuando se trata no de canjes por naturaleza, sino de conversiones de la deuda para fines diferentes. Tenemos hoy este tipo de conversión en favor de muy diferentes actividades. En varios países los financiamientos externos de iglesias, y hasta de organizaciones políticas, son transferidos por este medio. De hecho, reciben apoyos grandes que les aseguran un tipo de cambio para sus fondos en divisas, que supera varias veces el tipo de cambio existente en los mercados. No obstante, la decisión sobre la recepción es de grupos muy pequeños, muchas veces solamente del presidente del banco central, que no tienen ninguna legitimidad para eso.

El caso más llamativo de estas subvenciones por conversión de la deuda, sin embargo, es la conversión por industrias nacionales que son compradas por sumas muy inferiores a su precio de mercado. Se trata sobre todo de industrias estatales que son privatizadas. Al aceptar el pago por conversión de la deuda, el Estado subvenciona con sumas extraordinarias a los compradores, sean ellos nacionales o extranjeros.

Actualmente, en América Latina, de un 30 a un 40% de los ingresos estatales son destinados a atender el servicio de la deuda, incluyendo los pagos necesarios para la conversión de la deuda, con una tendencia al aumento.

Evidentemente, estos pagos sustituyen a aquellos que anteriormente se efectuaron para el cumplimiento de las funciones del Estado. Junto con los costos de los aparatos represivos, los costos del servicio de la deuda son considerados prioritarios. El aparato burocrático del Estado gasta una gran parte del resto, y muy poco queda para el cumplimiento de las funciones del Estado (educación, salud, seguro social o programas de inversión pública).

Con eso cambia el carácter del Estado. El Estado intervencionista de las décadas de los cincuenta y sesenta efectuaba una redistribución de los ingresos en favor de los grupos con ingresos más bajos. El Estado neoliberal, que surge ahora, funciona exactamente al revés. Hace una redistribución de los ingresos en favor de los grupos de ingresos más altos, a costa de los grupos de ingresos más bajos.

Este es precisamente el efecto de los pagos de la deuda, sea esta interna o externa. Estos pagos son el resultado de que en períodos anteriores no se hayan cobrado y pagado los impuestos necesarios para cubrir los gastos del Estado.

El resultado ha sido los altos déficit del Estado. Estos déficit se cubrieron con préstamos. Sobre todo en el caso de la deuda interna, son los grupos de altos ingresos los que, en vez de pagar sus impuestos, financiaron los déficit del Estado con préstamos. Una vez surgida una deuda suficientemente alta, el pago de los servicios de los préstamos transforma automáticamente al Estado en una instancia de pago de la deuda, sofocando sus posibilidades de cumplir con sus funciones públicas. Los servicios de la deuda transforman al Estado en un pagador de transferencias de los grupos de ingresos bajos hacia los grupos de ingresos altos. Cuanto menos impuestos han pagado los grupos de ingresos altos, más son capaces de transformar al Estado en una fuente de redistribución de ingresos en su favor.

Eso no solamente ocurrió en los países de América Latina. Tenemos el mismo fenómeno en los países del centro, en especial en EE.UU. El endeudamiento que llevó a cabo la administración Reagan ha paralizado el Estado norteamericano de una manera tal, que en varias décadas no será posible volver a una actuación racional de éste. El aparato militar, junto con el servicio de la deuda, asegura que efectivamente hay posibilidad financiera únicamente para un Estado mínimo. Una burguesía que rechazaba el pago de sus impuestos, llevó al Estado a una situación de bancarrota que lo transforma en un simple recaudador de pagos de parte de los grupos de ingresos bajos en favor de los de ingresos altos, y de los países pobres en favor de los países ricos<sup>30</sup>.

30 Como los neoliberales suelen hacerlo, argumentaron con una simple curva matemática, que tuvo su efecto de magia sobre la opinión pública. Se llama "Curva de Laffer". Según ésta, la disminución intencional de los pagos de impuestos de parte de los grupos de altos ingresos de EE.UU. tendría como consecuencia indirecta un aumento de la recaudación de impuestos, porque iba a originar una dinámica económica suficientemente grande para que con tasas menores de impuestos, el resultado en impuestos recaudados aumentara. Este

Sin embargo, con este estrangulamiento del Estado, los países mismos son estrangulados. Las mayores ganancias no llevan a mayor desarrollo. En cierta forma, los estancan más. La empresa privada, sin un Estado vigoroso que le abra caminos y que sustente actividades estatales de apoyo para fomentar la actividad productiva, resulta ser ineficiente para conducir ella misma el proceso de desarrollo. Cuanto más penetra la sociedad entera, menos desarrollo provoca. Desempleo, pauperización y destrucción galopante de la naturaleza son el resultado. El crecimiento económico, que tanto se promete, disminuye en vez de aumentar.

Pero no solamente destruye el desarrollo. Liquida incluso la capacidad de acción racional del Estado y lo corrompe. Lo corrompe por sacar siempre más provecho de la actividad estatal restante, y porque produce tales problemas sociales que el propio aparato estatal tiene que actuar sin tener los medios adecuados para hacerlo. Por lo tanto, la ineficacia de la empresa privada para desarrollar estos países sin el apoyo del Estado, lleva a la aparente inflación de éste. Al no poder efectuar una política económica de empleo y una política social de distribución de ingresos, el Estado se transforma en la única fuente de ingresos para aquellas personas que no son empleadas por la empresa privada. Como no saben donde ir, presionan sobre el Estado para conseguir algún empleo. Se trata de una presión que resulta precisamente de la ineficacia de la empresa privada para dar empleo a la población.

Sólo que el Estado ya no tiene funciones que cumplir. Sin embargo, aun con sus funciones restringidas, está obligado a sostener más personal del que efectivamente hace falta para el cumplimiento de las funciones que le quedan. Por tanto, el Estado se corrompe desde ambos lados: para la burguesía, como fuente de ingresos, muchas veces ilícitos, y para el pueblo, como paliativo para el desempleo y la pauperización. Empieza a sostener personal al cual no corresponden funciones en cuyo cumplimiento podría trabajar.

Esta corrupción, desmoralización e ineficiencia del Estado, se transforma posteriormente en argumento en favor de su mayor desmantelamiento, y de la privatización de sus funciones. Sin embargo, la privatización empeora la situación precisamente porque el origen de la *stagflación* es la propia empresa privada, con su incapacidad para originar, por su cuenta y sin recurrir al Estado, una política de desarrollo adecuada, pero que se opone a una acción racional estatal para aprovechar

"roulette estadounidense" era un gran fraude intelectual. Es muy probable que el efecto de paralización del Estado haya sido un efecto intencional del grupo de conducción económica de Reagan. Podían así obligar a toda la generación futura a seguir con sus políticas de desmantelamiento estatal, y dejar como única alternativa algo que en el mundo moderno muy raras veces es posible: la bancarrota del Estado. Eso insinúa uno de los funcionarios de Reagan, David Stockmann, jefe de presupuesto del gobierno en 1986. Ver: Stockmann, David: "El triunfo de la política. 1986", en: *Der Spiegel*, 16/1986.

su ineficacia. Esto desemboca en un círculo sin fin, del cual aparentemente no hay salida.

La situación en América Latina no es sostenible sino por medio de una orientación cada vez más represiva de los Estados, los cuales ciertamente requieren muchas reformas, no están racionalizados, y están puestos al servicio cada vez más exclusivo de los poderes económicos nacionales e internacionales. El antiestatismo metafísico es la ideología que esconde esta situación y le da su justificación aparente. En todas partes donde este antiestatismo en nombre del mercado total se ha instituido, ha desatado crisis económicas y de desarrollo. En nombre del mito de la capacidad del mercado de solucionar todos los problemas, se han multiplicado los problemas existentes; se ha llevado el desempleo a niveles nunca sospechados, se han creado distribuciones de ingresos que condenan a la miseria a partes siempre crecientes de la población, y se ha profundizado la destrucción de la naturaleza a niveles que superan todo lo anterior. Haciendo eso, no se ha cumplido tampoco con la promesa de un crecimiento económico sostenido. Bajo la égida del antiestatismo, la misma dinámica económica se ha perdido. La empresa privada, orientada exclusivamente por los mecanismos del mercado, pierde su eficiencia, a pesar de que realiza ganancias cada vez mayores <sup>31</sup>.

Eso ha ocurrido aun en el centro del capitalismo mundial, esto es, durante los años ochenta en EE.UU. La política antiestatista destruyó la eficacia de la economía también allí, mientras los capitalismos con Estados desarrollados, como Europa Occidental y Japón, tomaron la delantera. Es la tragedia de América Latina: haber caído en el mito del antiestatismo solamente para confirmar su propio declive.

## 9. La determinación futura de la sociedad de América Latina

Sin embargo, el problema no es el mercado en sí, sino la pretensión de su transformación en sociedad perfecta, en la única institución legítima en nombre de la cual se destruye a los movimientos populares y al Estado, en institución totalizadora de la sociedad. El problema es el antiestatismo, no el mercado como tal. Al considerar al mercado como

31 Esto designa el fin de la política de desarrollo y de la solidaridad internacional. Eso lo constata Gert Rosenthal, Secretario General de la CEPAL: "...yo creo que en toda relación de débiles y fuertes, los fuertes tienen activos a su haber; eso ocurre tanto a nivel nacional en materia distributiva, y ocurre en las relaciones entre países económicamente fuertes y económicamente débiles, y también ocurre en el ordenamiento mundial".

"...América Latina y el Caribe tienen que tomar su destino en sus propias manos y resignarse a que vivimos en un mundo inequitativo y que tenemos que funcionar en ese mundo".

"...éste es un mundo cruel y tenemos que funcionar en él, nos guste o no nos guste; vamos a tratar de actuar colectivamente". Rosenthal, *op. cit.*, 18.3.91.

institución perfecta, el mercado lo devora todo, y se transforma en un sujeto totalitario. Destruye con el Estado a la sociedad civil, y no se puede mantener sino por la transformación del Estado en Estado terrorista.

Algo parecido ocurrió a las sociedades del socialismo histórico. Transformaron la planificación en su sociedad perfecta respectiva. En nombre de la planificación apareció el antiestatismo, y éste se transformó en terrorismo de Estado. El problema tampoco es la planificación de por sí, sino la pretensión de su transformación en sociedad perfecta, en única institución legítima, con el destino de devorar a todas las otras instituciones. El Estado se hizo inoperante, y destruyó igualmente la sociedad civil.

Frente a estos problemas, no hace falta buscar de nuevo otra sociedad perfecta, en nombre de la cual se totalice la sociedad. De lo que se trata es de renunciar a la imposición de sociedades perfectas. Dejar de pretender abolir el Estado o el mercado, y reconocer que la concepción de las sociedades perfectas como principio de la política, destruye a la sociedad misma<sup>32</sup>. No hay, ni puede haber, una sociedad perfecta. Ni hay, ni puede haber, una sola institución que totalice a la sociedad. Decir eso hoy sobre el Estado o sobre la planificación, ni siquiera hace falta. Todo el mundo está convencido que no pueden instituir sociedades perfectas. Pero sí es necesario decir eso mismo del mercado, pues éste aparece hoy, de nuevo, como el totalizador, como la única legitimidad

32 Desde el siglo XVIII, el Occidente se mueve alrededor de las diversas aboliciones de las instituciones. El liberalismo empieza con la abolición del Estado en nombre del mercado como sociedad perfecta. Le sigue el anarquismo con la abolición del Estado, la propiedad y el matrimonio, en nombre del orden espontáneo sin instituciones. Marx lo transforma en abolición del mercado y del Estado, también en nombre del orden espontáneo futuro (libre asociación de los productores). Los socialismos históricos llevan a la abolición del Estado y del mercado en nombre de la planificación económica. Los fascismos quieren abolir el Estado en nombre de una dominación ilimitada en la sociedad de guerra, y los neoliberales vuelven a la abolición del Estado en nombre del mercado total. Paralelamente a esta constante tendencia de abolir las instituciones, aparecen las diversas "aboliciones" en el pensamiento. Hegel declaró la muerte del arte; Marx insinúa la superación de la lógica formal; Nietzsche la abolición de la moral y de la metafísica; Max Weber la abolición de los juicios de valor y de la ética; Popper la abolición de la dialéctica; Wittgenstein la abolición de los conceptos transcendentales; Fucuyama, junto con los postmodernos, la abolición de la historia; Prigogine la abolición de la física clásica. Por donde se mire, se está aboliendo algo, que después, en ningún caso, desaparece. Todo lo que ha sido abolido en estos siglos, sigue existiendo. Pero se sigue anunciando su abolición.

Entes omniscientes acompañan a las aboliciones. El socialismo histórico tuvo que concebir una institución planificadora omnisciente. Hayek, junto con los neoliberales, concibe el mercado como presencia de la omnisciencia, aunque ningún hombre sea capaz de tenerla (según él, el mercado funciona como si tuviera omnisciencia). Popper divide toda historia filosófica en "lo que se pensaba antes y lo que pienso yo", y hasta Wittgenstein anuncia haber solucionado los principales problemas del pensamiento humano. Y cuando aparece todo esto, el Papa en Roma resulta infalible. Hay un nihilismo que está socavando a las instituciones y a la cultura. Es evidente, se da un delirio de grandeza narcisista que acompaña la imposibilidad de percibir los límites de lo posible en un mundo contingente. Todo indica que se trata de un problema de Occidente, y no de ninguna ideología específica.

en la sociedad, como la institución que tiene el derecho de barrer con todas las otras instituciones, y hasta con la vida en la tierra.

Hace falta un pensamiento de síntesis, capaz de interpretar una política que sepa dar a las instituciones diversas su lugar y su función, para cumplir con las exigencias de la vida humana en esta tierra, en la cual todos tienen que poder vivir hoy y mañana.

Su base sería el reconocimiento de que los hombres que trabajan exclusivamente orientados por el mercado, abandonados a sus fuerzas autorreguladoras, destruyen las fuentes de la riqueza que están produciendo. Abandonados a estas fuerzas, ponen en peligro la vida del planeta. Frente a estos efectos destructores del mercado, que acompañan, eso sí, automáticamente sus fuerzas creadoras, aparece, y tiene que aparecer, la resistencia de la propia sociedad civil, que adquiere la forma de organizaciones populares de la más diversa índole, tanto de la protección de los hombres como de la naturaleza. Estas organizaciones populares tienen una función de racionalización del mercado, al protegerlo —mediante su resistencia— frente a las fuerzas destructoras que produce. No “distorsionan” al mercado, sino actúan frente a distorsiones que el propio mercado produce.

Pero esta función no la pueden cumplir las organizaciones populares, sin recurrir al Estado. El Estado, en sus funciones positivas, es la instancia de poder que puede universalizar la actuación de las organizaciones populares. Si esta universalización no ocurre, la resistencia resulta tan fragmentaria como lo es la actuación humana dentro de los mercados. Reproduce, por tanto, los efectos destructores del mercado, sin poder corregirlos.

El Estado es la instancia de universalización de la resistencia frente a las distorsiones que el mercado produce en las relaciones humanas y en la naturaleza. No tiene por qué intervenir en los mercados, cuando ellos no producen estas distorsiones. Por tanto, la teoría de las funciones del Estado tiene que partir del conocimiento de las distorsiones que el mercado produce<sup>33</sup>. Aparecen las funciones del Estado en dos líneas, es decir, como función de promoción de la sociedad civil, y como función de planificación de la economía.

En su función de promoción de la sociedad civil, el Estado ha de hacer posible el desarrollo de ésta y abrirle posibilidades. Aquí se trata de asegurar, primero legalmente, la existencia de las organizaciones populares y el ejercicio de su resistencia. Pero igualmente se trata de asegurar su capacidad económica de existencia. Aparecen también

33 Esto explica por qué cualquier pensamiento en términos de alguna institución perfecta, es antiestatista. Efectivamente, si suponemos que las relaciones sociales de producción funcionan perfectamente, no se descubre jamás función del Estado alguna, excepto su función represiva, que sobreviva por “egoísmos y estupidez”, como lo concluye Berger. Berger, Peter: *El dosel sagrado: elementos para una sociología de la religión*. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1971, pág. 44. La conclusión revela únicamente que se inspira en un pensamiento de sociedad perfecta.



funciones que solamente el Estado puede cumplir, en cuanto determinadas actividades necesitan ser universalizadas, y la actividad privada resulta incapaz de lograrlo. Eso ocurre especialmente en el campo de la educación y de la salud. Una atención universal de estas necesidades parece imposible sin el surgimiento de sistemas de salud y de educación públicos de alto nivel.

En su función de planificación económica, el Estado debe hacer posible y promover un desarrollo económico y social capaz de asegurar la integración económica y social de la población entera, y su compatibilidad con la conservación de la naturaleza. La necesidad del cumplimiento de esta función quizás sea más visible en las sociedades subdesarrolladas, donde es evidente que la empresa privada, sola y abandonada a las fuerzas autorreguladoras del mercado, solamente en casos muy excepcionales puede asegurar algún desarrollo económico, por lo que es menos capaz todavía de integrar la población entera en la división social del trabajo. No obstante, esta necesidad de la actividad estatal se hace cada vez más visible en referencia a la conservación de la naturaleza.

Solamente un Estado planificador es capaz de darle a la empresa privada la posibilidad y el espacio para cumplir con su tarea de desarrollar económicamente a sus países. Igualmente, sólo un Estado planificador puede asegurar que el desarrollo económico respete los límites de la integración humana en la economía y de la conservación de la naturaleza. También en este caso de la actividad planificadora del Estado, su primera función es la promoción y el apoyo a las empresas. Sin embargo, la necesidad de universalizar el desarrollo, el respeto a la naturaleza y la necesidad de asegurar eso para todos, y de parte de todos, impone también en lo económico la actividad directa del Estado, sea a través de empresas públicas, sea a través de la imposición de líneas y límites de las inversiones.

De esta manera, el problema del Estado resulta ser un problema de la sociedad entera, en la cual se interrelacionan e interpenetran la sociedad civil, el mercado y el Estado. Ninguno de estos polos puede existir sin el otro, y hasta la posibilidad de la vida humana, y de la misma racionalidad económica, es un producto de los tres, y su interrelación debe ser tal que haya una síntesis en vez de la negación de un polo en nombre del otro. Solamente en esta perspectiva será posible enfocar los problemas del desarrollo pendientes. Se trata, por otra parte, de problemas que actualmente ya no pueden ser solucionados por cada uno de los Estados dentro de su marco de dominación política, sino que implican la necesidad de la creación de nuevos órdenes mundiales —nuevo orden mundial económico, financiero, de mercados, ecológico—, sin los cuales una política de desarrollo racional ya no es posible.

El análisis que hemos hecho ha insistido especialmente en el problema del mercado, por la simple razón que hoy el mercado es el lugar desde el cual se destruye a la sociedad civil y al Estado. El

mercado pretende ser la institución perfecta, a partir de la cual se pretende totalizar a la sociedad. Las sociedades del socialismo histórico, en las cuales se realizaba esta totalización a partir de la planificación económica, con la subsiguiente subvención y tendencial destrucción de la sociedad civil y del Estado, están desapareciendo.

Cierto es que no solamente el mercado distorsiona las relaciones humanas y la naturaleza. También desde la sociedad civil y desde el Estado, aparecen distorsiones del mercado. Sin embargo, hoy se necesita, primariamente, hacer esta crítica al mercado para mostrar que no hay —y no puede haber— ninguna sociedad perfecta y, por lo tanto, ninguna institución legitimada para totalizar a la sociedad. Es necesario tomar conciencia que el resultado no debe ser destruir, en nombre de una institución, a todas las otras, sino lograr una interrelación tal entre ellas que se complementen en vez de distorsionarse. Esta es la tarea de la política, y ninguna técnica la puede hacer desaparecer.

En América Latina hoy, y especialmente en América Central, donde hay una sociedad muy poco desarrollada y, por tanto, un Estado muy poco desarrollado, se requiere constituir la sociedad misma, junto con el Estado. La tarea es reconstituir la sociedad con una relación complementaria entre la parte no empresarial de la sociedad civil, el mercado y el Estado, bajo la cual sea posible reiniciar el camino del desarrollo, pero esta vez dentro del marco de una integración de toda la población en la división social del trabajo y en la sociedad, y dentro de los límites que exige la conservación de la naturaleza. Es preciso revertir el proceso, que la política de desmantelamiento del Estado ha producido.

Eso implica la necesidad de vigorizar la sociedad civil precisamente en sus componentes no empresariales, reprimida sistemáticamente por el terrorismo de Estado de la Seguridad Nacional. Esto presupone un Estado que no solamente tolere esta sociedad civil, sino que también la fomente. Pero también implica —como condición de la necesaria racionalización del Estado— originar un nuevo proyecto de desarrollo, en el cual el mercado y la planificación económica estatal sean reconocidos en su complementariedad, siendo la planificación estatal parte necesaria, sin la cual el mercado no es capaz de originar un desarrollo económicamente racional <sup>34</sup>.

Incapaz hoy de cumplir con esta tarea, el Estado tiene que basarse primordialmente en sus fuerzas represivas (con la tendencia hacia el terrorismo de Estado). Sin esta concentración exclusiva en su fuerza represiva, no podría contener los reclamos de los desposeídos y desplazados producidos por las fuerzas del mercado. Como no se pueden dirigir al mercado directamente, lo harán por la vía del Estado. Teniendo

34 La política de ajuste estructural que hoy se lleva a cabo en el Tercer Mundo, no es ningún proyecto de desarrollo. Es el resultado de la renuncia a cualquier proyecto de desarrollo. En el lenguaje orwelliano, se llama a tal política —resultado de la renuncia de hacer política— “política de desarrollo”. La guerra es paz, la mentira es verdad.

el voto universal, el Estado les puede solamente contestar por la extensión cuantitativa e irracional del aparato estatal<sup>35</sup>, cuando le está prohibido, en nombre del antiestatismo, buscar la solución en un modelo de desarrollo que permita su integración en la división social del trabajo a través de los mercados. Esta inflación del Estado no es más que el reflejo de la incapacidad del automatismo del mercado de solucionar los problemas económicos de la población. La transformación del Estado, en nombre de su racionalización, en instancia exclusivamente represiva, es el resultado más probable.

Por eso, el lema frente al Estado no puede ser el antiestatismo. No se trata de dismantelar el Estado, sino de dismantelar a los ejércitos y a las fuerzas de represión policial, para tenerlos apenas en el grado mínimo necesario. La necesaria reforma del Estado, por tanto, tiene que sustituir la función represiva del Estado por la constitución de una política de desarrollo que permita tener un Estado adecuado al cumplimiento de sus funciones, en cuanto esa política sea capaz de responder a las necesidades de la población. Tenemos que escoger entre el dismantelamiento neoliberal del Estado, o el dismantelamiento de los aparatos represivos. El dismantelamiento del Estado es la hipertrofia de los aparatos represivos; el dismantelamiento de estos aparatos, en cambio, presupone el cumplimiento de las funciones del Estado.

Esto es, a la vez, un planteamiento de la democracia posible en la actualidad. Es la condición para que la democracia sea viable<sup>36</sup>. El antiestatismo vinculado con la totalización del mercado exige: vivir, y dejar morir. La democracia presupone: vivir, y dejar vivir.

Hoy, en cambio, aparece en América Latina una democracia agresiva, sin consenso, con un extremo control de los medios de comunicación por intereses económicos concentrados, en la cual la soberanía

35 Los países capitalistas desarrollados responden a este mismo problema con la creación de un subsidio de desempleo, que forma una especie de colchón entre los desempleados y el Estado. Sin embargo, un subsidio de desempleo tiene que cubrir las necesidades básicas. En los países de América Latina, los salarios apenas si cubren las necesidades básicas. Un subsidio de desempleo tendría que ser igual a los salarios, o muy poco inferior. En las sociedades donde los salarios son sustancialmente mayores que este mínimo, este subsidio es posible porque no le quita al trabajador el incentivo económico de buscar trabajo. En cambio, un subsidio que sea igual al salario, quita al trabajador todo incentivo económico. Por tanto, no es posible. Eso explica por qué en América Latina casi no existe tal subsidio. Además, cuando el desempleo llega hasta el 40% ó 50% de la fuerza de trabajo, no hay capacidad económica para pagarlo. Eso transforma el capitalismo periférico necesariamente en capitalismo salvaje, en cuanto no logra establecer un modelo de desarrollo eficaz. O se tiene empleo, o se cae en la miseria. El resultado es la formación del sector informal de la economía. Una política de desarrollo eficaz, aunque no pueda asegurar empleo formal a todos, tiene que fomentar entonces estas actividades del sector informal. Sin este fomento, el sector informal es un simple recipiente de la miseria producida por la tendencia al desempleo creada por el automatismo del mercado.

36 El problema de la viabilidad de la democracia en América Central, está trabajado especialmente por Torres-Rivas, Edelberto: *Centroamérica: la democracia posible*. EDUCA, San José, 1987.

no está en los gobiernos civiles, sino en los ejércitos y, más allá de ellos, en los organismos financieros internacionales que representan a los gobiernos de los países del centro. Los gobiernos civiles tienden a formarse como gobiernos autónomos sometidos a la función soberana del ejercicio del poder de parte de los ejércitos y de la policía y, en nombre del cobro de la deuda externa, de los dictámenes de los organismos internacionales. Se trata de democracias controladas, cuyos controladores no están sometidos a ningún mecanismo democrático de control.